

GALICIA

REVISTA REGIONAL

LOS JUDÍOS EN ORENSE

I

Uno de los puntos de Galicia en donde por más tiempo tuvieron residencia los judíos ha sido en la ciudad de Orense, como se reconoce en los antecedentes que el Concejo consignó en sus acuerdos de Ayuntamiento. Remóntanse algunos de ellos al año de 1440, fecha que nos recuerda más de un ejemplo de tolerancia, entre los actos de consideración que los obispos vinieron dispensándoles por aquel tiempo.

No siempre en las épocas pasadas, se ha notado una intransigencia tan marcada como nos dicen algunos historiadores y novelistas que, mal enterados sin duda de las costumbres de aquella era, pretenden lanzar sobre ella el Sambenito de la culpa de muchos de nuestros males del presente, sin tener en cuenta que aun en pleno siglo XIX, á pesar de las lecciones que nos dan algunos centenares de lustros, desfilando ante nosotros, continuamos, sin embargo, apadri-

nando errores en que aquellas generaciones han caído, y cooperamos, sin reservas, á otros, que si bien de diferente índole, no dejan de poner en estado de perturbación y desequilibrio constante la moderna sociedad.

No falta, así y todo, quien insulte lo pasado y ensalce lo presente, sin reflexionar que tiene cada época sus virtudes y sus vicios, y cada acontecimiento su razón de ser especial y sus motivos de existencia, que no siempre se manifiestan claros á nuestra investigación. Hay hechos cuyo desenvolvimiento se nos presenta encadenado á una serie no interrumpida de coincidencias que, en corto período de tiempo, determinan su decadencia ó su extinción completa, sin que de ellos subsistan, ni se conserve apenas el recuerdo; pero, hay en cambio otros, que, como perseguidos por la mano siniestra del destino, ó envueltos en la nube fatal del anatema, existían ayer, como existen hoy, sin que las leyes del progreso, mejoren su situación ni condiciones.

II

Los judíos, desde Jerusalem, de donde salen maldecidos, huyen á Roma, y de aquí son expulsados por Tiberio, por Neron y el emperador Claudio. Con la pérdida de su independencia, no se había amenguado en nada su espíritu de nacionalidad, y errantes, sin hogar y sin patria, buscan asilo en las naciones sujetas al Imperio; aprovechanse del favor que la irrupción de los bárbaros del Norte les ofrece, y á los días de bienandanza, suceden no pocos, de tristeza y amargura. Pretenden extenderse y normalizar su vida, y el Concilio de Toledo les cohibe, como les reprime y les estrecha el Edicto de Sisebuto, reforzado por el *Fuero Juzgo*. Wamba los alienta y en cambio los persigue Egica. Con Witiza y Don Pelayo crecen, ensanchando su comercio y animando su industria: D. Alonso VI los despoja de sus riquezas, y los protegen después D. Alonso XI y D. Pedro I, el Cruel: predica contra ellos el Arcediano de Sevilla; y mas tarde en Burgos, en Valencia, Córdoba y Toledo, en Aragon y Cataluña, acometen las juderías y roban y saquean sus tiendas: trátalos con un rigor excesivo en su ordenamiento de Valladolid, la Reina Catalina, y el Papa Benedicto XIII les dá alientos, como

así la Pragmática de D. Juan II y los concilios de Tortosa y de Zamora que los autorizan para ejercer sus oficios concediendo libertades hasta entonces prohibidas.

Noble y digna por todos conceptos, fué la conducta de Benedicto XIV que imitando el ejemplo de Inocencio II, San Gregorio el Grande, Alejandro II y Clemente VI, adoptó temperamentos de benevolencia y protección con los judíos, puesto que, debido á tan laudable proceder, se alcanzaron muy satisfactorios resultados, pues, como la historia nos refiere, tuvo lugar en esta época, la conversión de varones tan esclarecidos como Pablo de Santa María, poco después obispo de Burgos; Alvar García y sus hijos Gomez García, Alonso y Pedro de Cartagena, Alonso de Baeza, Alonso de Espina, Juan el viejo y otros ilustres rabinos que tanto han contribuido á la cultura nacional y al florecimiento de las letras españolas.

Los judíos, que habían sido sacrificados en Alemania, Inglaterra y Francia, y venciendo ahora sus rencores y la memoria que todavía conservaban de la expulsión que en tiempo de Isabel la Católica y Cisneros se les intimara, vinieron á España, acogándose á la tolerancia que se les ofrecía, aunque no sin imponerles cuantiosos pechos aplicados á sostener el Estado militante. Pero el pueblo israelita desde que Tito arrasó á Jerusalem, cayendo sobre aquel el estigma de la sangre de Jesus, hecho á sufrir persecuciones, tenía por menos malo lo de pagar tributos á cambio de algunas consideraciones que le facilitaran libertad en el ejercicio de su industria y su comercio.

Sólo en tal concepto había venido el pueblo hebreo á derramar sus tribus por España y fijar su residencia en muchas de sus ciudades, prefiriendo las que pudieron dispensarles mayor benevolencia y mayor tolerancia para sus ritos y ceremonias de religión. Y Orense, como una de las mas tolerantes de aquel tiempo, dispensóles su acogida y les señaló el sitio en que habían de fijar su judería.

Sin hallar dificultades, quedó luego constituida en Orense una de las tribus de Israel, que según noticias, establecióse como creen algunos, hacia la Rua de Pena Vixia ó barrio de la Trinidad; y según otros, en el barrio de San Miguel cerca del puente Pedriña, y no falta quien asegure que existían no ha mucho tiempo algunos vestigios de sus barbacañas y parte del muro que les separaba, como en otros pueblos, del resto de la vecindad.

III

El libro de la fé prohibíales, comer y beber con los cristianos, no aceptar queso, leche, ni otra sustancia por estos condimentada; usar caldero ni vasija de que ellos se hubiesen utilizado, ni asistir jamás á sus convites. Sus doctores y sus sabios habían tomado de los étnicos no pocas supersticiones y errores, é inculcábanlos al pueblo; de aquí pues su asimilación á los paganos en la multiplicidad de aras y altares, ídolos, estatuas y de los innumerables juegos y espectáculos sagrados, sacrificios, sacerdotes, ritos, ceremonias, oráculos, auspicios y vaticinaciones que han tenido, en vez de un sólo Dios, un tabernáculo y un templo.

El sábado, que con tanto recogimiento se guardaba, hubo tiempo en que, según San Agustín, le dedicaban á la embriaguez y á la lujuria: habíanse dado á la molicie de los mahometanos y egipcios: usaban riquísimos muebles, comidas espléndidas y vasos de oro y plata, contra el ejemplo que Jesus les dió al mandar que sus discípulos se sentaran en el suelo y labarles él mismo los pies; beber por el tosco vaso de la Samaritana que no era de plata ni de oro, como no lo era aquél en que Cristo dijo que repartía á los apóstoles su sangre: no quiere el Señor que se le tenga en vasos de oro y plata, sino en el corazón; pero este mísero pueblo, arrastrado por la mano de Satanás, había caído en los vicios y supersticiones más impuras y tal vez por esto, espiaba ahora gravísimas y justas penas.

Los judíos, vivían en Orense mucho mejor, relativamente, que sus hermanos de otras ciudades españolas, por el favor que el Obispo D. Diego les dispensaba, sin que pagaran más tributo que la *Aljama* que el tesoro real percibía, para dejarles en condiciones de ejercer libremente sus oficios. La autoridad eclesiástica, ni el Concejo, nada les exijían por vía de domicilio, ni *martiniega*. (1) Habían tomado carta de vecindad como cualesquiera otros ciudadanos, y procuraban no ofender á los naturales, agradecidos como se hallaban de la hospitalidad y buena acogida que en otros pueblos le habían sido negados. Tenían Sinagoga en donde, debidamente

(1) Contribución que pagaba todos los años por San Martín cada forastero que se avecindaba en Orense.

autorizados, se reunían tres veces cada día para la oración, la predicación y lectura de los libros santos, lo mismo que venía haciéndose desde Esdras. Constituíanse en asamblea otras tres veces á la semana, y sus ritos como sus dogmas, eran los mismos que Dios revelara á los profetas y patriarcas de la antigua ley. Su comercio y su industria consistían en bisutería, alhajas y objetos de platería que negociaban en la ciudad y pueblos jurisdiccionales; (2) y aunque lo hacían de la manera menos gravosa, no por ello su crecimiento y su manera especial de vivir, sin aceptar de los cristianos cosa que no fuera dinero, dejó de inspirar rencores á algunos magnates orensanos que mal contenidos en el consejo de su Obispo, hubieron de romper al fin, interrumpiéndoles en el ejercicio de su culto, que al Dios de Israel tributaban según su ley. Cuéntanse entre ellos á Men Rodriguez, Juez de la ciudad, que según el texto de un acuerdo celebrado por el Concejo en Abril de 1440, aparece que García Perez de Cabreiros, procurador de la ciudad, procedió criminalmente, á instancia del Obispo, contra dicho Juez, por haber encarcelado al judío Mosen Marcos "*porque desian que desira et desia contra Deus et Santa Maria, disiendo que Santa Maria parira tres veses.*" El prelado, al declarar en libertad al judío Mosen Marcos, encarceló á Men Rodriguez, sentenciándole á pagar la pena que este impusiera al otro.

IV

En los acuerdos del Ayuntamiento de Orense, correspondientes al año de 1442, consígnase también otro hecho, del cual creemos oportuno enterar á nuestros lectores.

Había en la ciudad un hidalgo llamado Pedro Diaz que tenía gran influencia por sus riquezas en la ciudad. Este había jurado también mortal odio y haciendo propaganda en contra, les molestaba; haciendo caso omiso de las diarias convenciones del prelado, reunió un día sus gentes, y en el momento en que los judíos se hallaban en la Sinagoga, después de allanar sus moradas y de haber allanado y destruido los hogares, penetró en el templo y los expulsó, después de

(2) La jurisdicción episcopal alcanzaba entonces cinco leguas á la redonda.

haber maltratado bárbaramente á los ancianos que se empleaban en la lectura del Deuteronomio y explicación del Pentateuco y libro de los Números.

En presencia de este acto de barbarie, el señor Obispo, más benévolo que sus diocesanos, indignado de las ofensas que á su pesar se habían practicado, avergonzándose de ellas, puso correctivo inmediato, condenando á Pedro Diaz y sus hombres, á la devolución de cuanto habían usurpado á los judíos y reparar los desperfectos que en la Sinagoga se ocasionaron, mandando reponerla á su primitivo estado, con pago de los perjuicios y daños consiguientes. "*En vista de los agravios et daptos et senrazóns que habian feitos aos xodios da cibdade et na Sinagoga que habian distroido. Et despois da Sinagoga et males feitos aos ditos xodios; que seus homes os espreítaran et levaran dos ditos xodios varias cousas.*"

BENITO F. ALONSO.

Orense, Agosto de 1889.





EL ÚLTIMO TEMPLARIO

(TRADICIÓN GALAICA.)

I

El caballero Gaston de la Tour, era un mancebo que sentía correr por sus venas la sangre indómita de los antiguos galos y latir, bajo la armadura de hierro que le cubría el pecho, un corazón nacido para la poesía y para el amor. Aquellos ojos azules y melancólicos, aquella frente pálida rodeada de una espesa cabellera rubia y aquella mano delicada que parecía no poder blandir una lanza en justas y torneos, ni hacer brillar el acero vengador bajo el ensangrentado sol de Asia ó contener un corcel desbocado en las llanuras de Palestina, pertenecían, sin embargo, á un hombre que soñaba aún, como sus antecesores, en compartir los lauros del *gay saber*, adquiridos en la galante corte de Provenza, con la idea de poner el pie cerca de los muros de Jerusalem, para

librar de la profanación los venerables lugares que los buenos caballeros prometieran defender, ante el mismo papa Urbano II, en medio de la plaza de Clermont.

Pero el gallardo mancebo que indudablemente tenía que ofrecer su brazo á la Francia y á la religión, sentíase con las fuerzas amortiguadas y con el alma enferma, desde que un día, perdiendo de vista las góticas almenas del palacio de sus mayores, acertó á contemplar, en una miserable alquería, á una joven, modesta como la violeta de los valles y triste como una solitaria madre-selva.

Una noche y al pálido resplandor de la luna, pudo el caballero cruzar una mirada y un suspiro de dolor con aquella joven, que le esperaba al pie de una cruz de piedra que se hallaba próxima á un templo, cual si aquella mujer quisiera semejar la estatua de la melancolía reclinada sobre un sepulcro.

—¡Guillermína!—dijo él—un abismo se interpone entre nosotros; no podremos unirnos jamás... ¡pero yo seré templario!

—¡Tú templario!...—exclamó ella, sintiendo asomar á los ojos una de esas lágrimas de fuego que brotan del volcán de un alma—¡Tú templario, Gaston!... ¡Ay!.. Tal vez mi cadáver deje fuera del ataúd la mano de desposada... si es así, estréchala tu entonces; pero pronuncia también mi nombre antes de tu muerte!..

—¡Guillermína! ¡Guillermína!.. ¡Te comprendo!.. La flor de azahar tiene sus bodas de felicidad breve en el mundo; pero la siempre viva de los cementerios también tiene sus bodas de una amargura eterna!

Y aquellos dos seres desgraciados se separaron para siempre.

.....
Transcurrió el tiempo.

Cierta tarde se acercaba un joven templario á las puertas de una abadía; mas apenas puso el pie en los umbrales de ésta, sintió que se le helaba el corazón, porque, en el interior del templo, varias voces entonaban un *De profundis*.

Pero, á pesar de todo, siguió adelante y vió en medio de la iglesia y sobre un túmulo rodeado de antorchas encendidas, el cadáver de una mujer hermosa que tenía una mano fuera del ataúd.

El joven templario se acercó á aquel cadáver, estrechó aquella mano, vertió una lágrima y se retiró.

Después abandonó la Francia y buscó en las más lejanas tierras españolas, un olvidado asilo para entregarse á la meditación y á la melancolía.

II

Hay en el punto más septentrional de la embravecida costa cantábrica y no lejos de donde las corrientes del Sor, por una parte, y las del antiguo *Arrotreba*, por la otra, vienen á morir entre la rizada espuma de las olas, una isla donde en otro tiempo se elevaba un monasterio, bajo el amparo de los caballeros del Temple.

Levantábase el majestuoso edificio sobre los peñascos, como un fantasma en medio de un desierto sin límites; confundíase allí el sonido de la campana que llamaba á la oración, con el bramido del mar en las horas de tormenta, y en todos aquellos lugares, parecía que la naturaleza se contemplaba solitaria y triste al verse bañada por las lágrimas del Océano.

Era aquella época en que el rey de Francia, Felipe, había arrojado á las hogueras de París las enseñas que los *cruzados* habían levantado en las márgenes del Helesponto, y los *templarios*, sin hogar ni altares, iban á abandonar en todas las naciones sus últimos baluartes y castillos.

Y cuenta la tradición que, en la isla de la costa cantábrica á que hemos hecho referencia, se oyó una noche tocar á rebato la campana del monasterio, y varios verdugos sin entrañas comenzaron á degollar los monjes que sufrieron el martirio con valor y resignación.

Treinta y cinco templarios dormían ya el sueño de la muerte. Empezaba á rayar el alba y sólo faltaba por sacrificar una víctima. Era un joven de noble continente, de cabellos rubios y de ojos azules y melancólicos.

Presentóse á las puertas del convento en donde le esperaban sus verdugos con los aceros teñidos de sangre.

—¡Aquí me teneis!--dijo--Soy el último de mi Orden.

Y poniendo una rodilla en tierra, levantó la mirada al Cielo y exclamó:

—¡Guillerminal! ¡Guillerminal!...

Después el joven exhaló el último suspiro.

Pocos años más tarde llegó á morir, en las orillas del poético *Landro*, un noble perteneciente á la ilustre familia de Bernaldo de Quirós, señor de todos aquellos contornos y, bajo cuya dominación, se había llevado á cabo la matanza de los monjes de la isla mencionada.

Y afirma la tradición, que, para descargar tal vez la conciencia agoviada por el crimen, el caballero ordenó que se escribiese esta cláusula en su testamento:

“Dejo treinta y seis misas para bien de las almas de treinta y seis frailes que, por orden del Rey, y en una sola noche, he mandado degollar en *la Isla de la Colleira*.”

III

Si alguna vez llegaseis á encontraros en aquella isla, donde hoy se levanta un hermoso *faro* para auxilio de los navegantes, y en donde sólo se ven algunas ruinas del antiguo convento, recordad la historia que os acabo de referir.

Y si, por casualidad, os sorprende allí la noche, cuando el viento gima entre las grietas de los peñascos y la pálida luz de la luna se refleje en la superficie de las olas, vuestra imaginación verá tal vez levantarse, entre las nieblas del mar, un fantasma ensangrentado y oirá que el viento lleva en sus alas un grito de dolor, cual si fuese repitiendo la amorosa voz del *último templario*, cuando exclamaba así:

—¡Guillermina! ¡Guillermina!!...

ALFREDO G. DÓRIGA.

Orillas del *Landro*, 1838.





¡PONTEVEDRA!

A MI AMIGO Y COMPAÑERO JOSÉ ECHEVARRÍA.

Oh! ciudad que el Lérez baña
¡Pontevedra, Pontevedra!
¿Quién, al dejarte, en su pecho
Dulces recuerdos no lleva?
¿Quién, lejos de ti no sufre,
La *morriña* no le aqueja?
Por tus hermosas campiñas,
Que alfombras de rica seda
Parecen, van murmurando
Quedas, queditas, muy quedas
Las aguas de mil arroyos
Que nacen en las robledas
Y corren pausadamente
Hacia el Lérez!... ¿Quién pudiera

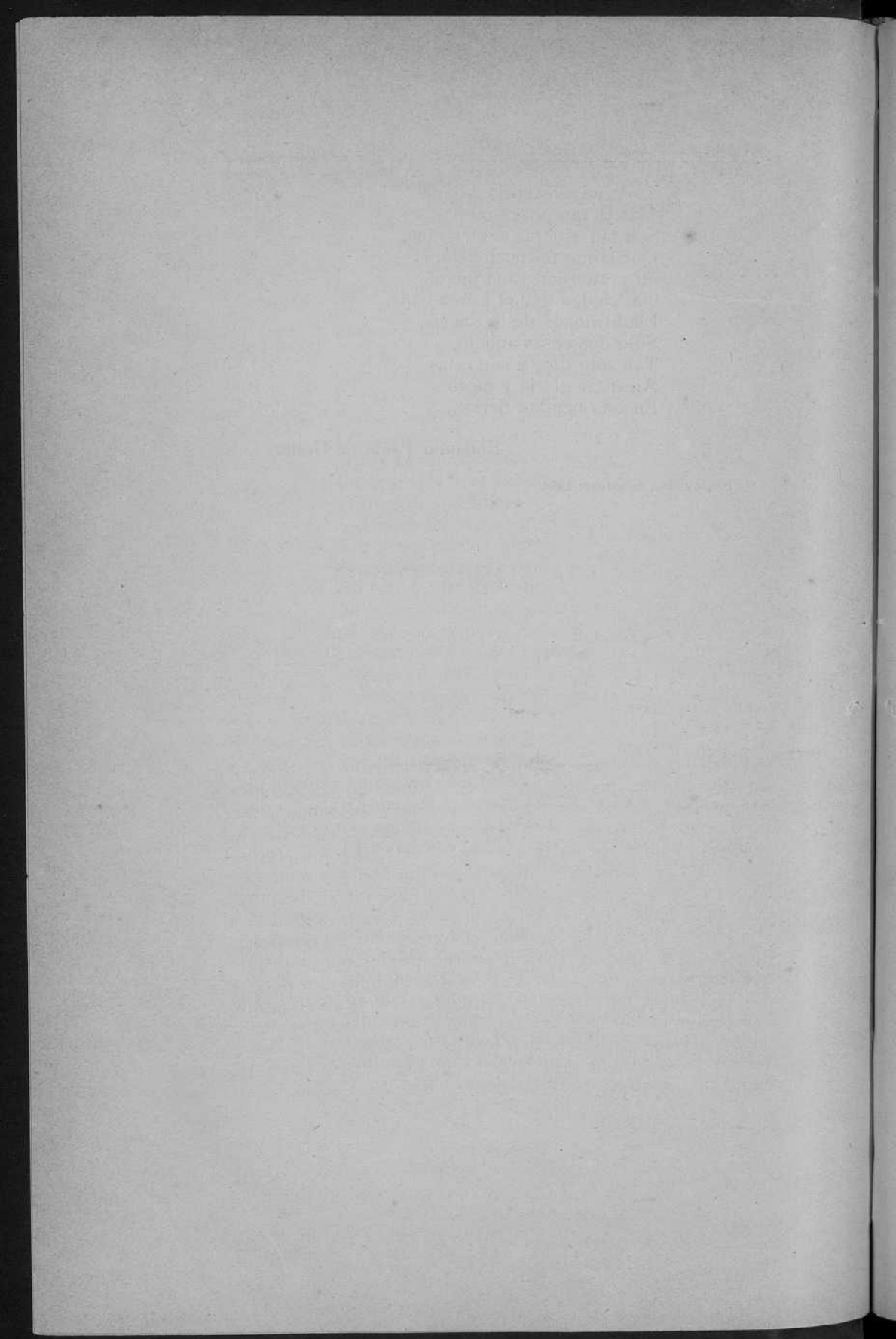
Cantar de esta hermosa ría
Sus sin iguales bellezas!...
Son sus márgenes jardines
Do crecen flores muy bellas
Que dulcemente las aguas
Del potente Lérez besan,
Llevando en su perezoso
Correr, las hojas de aquellas
Que al soplo de débil brisa
Del tallo se desprendieran;
Perfumando de este modo
El Lérez sus aguas tersas!...
Y sus bosques? Nada existe
Comparable á su belleza.
Pájaros de mil colores
Y formas las ramas pueblan,
Y con sus célicos cantos
De armonía el aire llenan
De este jardín de Galicia,
De este jardín de la Tierra.
¿Y cuando se pone el sol?
¿Y cuando la noche impera?
Oh! lector, nada más bello
Que una noche en Pontevedra:
El murmurar de los ríos;
El euro que aromas lleva
En sus alas, susurrando
Amorosas cantinelas;
El tañir de la campana
De alguna lejana iglesia;
El macilento brillar
De la Luna y las estrellas;
Y el silencio sepulcral,
Y la soledad que reina,
Produce tal emoción
En el ser que la contempla,
Que duda si es realidad
Y cree que despierto sueña!...
Oh! ciudad que el Lérez baña,
Pontevedra, oh! Pontevedra!
Admirando tu hermosura
Y cantando tus bellezas,
Toda mi vida pasara

Toda mi existencia entera;
Mas es tan pobre mi lira,
Son tan ásperas sus cuerdas,
Que como tocar el cielo,
Mi pretensión vana fuera!...
Oh! ciudad que el Lérez baña,
Lindo rincón de la Suevia,
Sólo dos cosas anhelo,
Tan sólo dos, y son estas:
Alcanzar gloria y morir
En esta bendita tierra!...

EDUARDO PARDO Y GOMEZ.

Pontevedra, Agosto de 1883.







GALICIA SOBRE TODO

Hállase el antiguo reino de Galicia situado al Noroeste de la península, cuya superficie es de unos 29.378 kilómetros cuadrados ó sean 946 leguas cuadradas próximamente; de aspecto montuoso en lo general, con dilatadas costas, y muchos y abrigados puertos; cortada por fértiles y pintorescos valles; abundante en variadas producciones y ganados; con una población de más de 1.990.000 habitantes, bastante diseminados, en algunas partes, á no ser hacia la región del Cantábrico que hay numerosos pueblos de corto vecindario.

Presenta, además, nuestra querida región para aquellos que tengan una alma sensible, encantos de belleza y delicadas emociones. Fijemos sino la vista en las deliciosas campiñas de Pontevedra, Villagarcía, Betanzos y Puente deume, y en los pintorescos valles del Rosal, Ribadavia, Monforte y Vivero: la naturaleza vestida de todas sus galas se nos presenta allí á la vista, bajo extensos y hermosos panoramas,

queriendo aquella vegetación rivalizar con la de los trópicos en lujo y magnificencia.

Si fuésemos llevados por solemnes espectáculos y escenas sublimes y encantadoras, en que el hombre queda completamente anonadado ante la grandeza de la creación, no tenemos más que subirnos á la cúspide del Pico Sagro y del Faro (como yo lo hice hace tiempo en el primero y poco há en el segundo,) y entonces vemos en derredor nuestro un dilatadísimo horizonte, en donde el órgano de la visión apenas alcanza sus límites: si elevamos la vista, vemos sobre nuestra cabeza la inmensidad de la bóveda celeste; si la fijamos en torno nuestro, vemos hermosas campiñas, profundos barrancos, torrentes y grandes saltos de agua que, desde el principio del mundo, se precipitan, y dilatadas comarcas en donde sobresalen entre multitud de casas de labranza, que se asoman por entre los vergeles, los campanarios de las iglesias parroquiales, en cuyos templos se congregan los fieles para oír las dulces palabras del Evangelio y recibir los consuelos de la religión cristiana.

Oyese algunas veces la resonancia de un penetrante y acompasado sonido en la soledad de los campos: es la campana que llama á los fieles creyentes á la oración: otras veces su melancólico tañido anuncia que la pálida muerte arrebató la existencia de algun semejante nuestro, escuchando el pueblo con meditación profunda los tristes gemidos de la metálica lengua: otras, en fin, en alegres clamoreos vespertinos, anuncia la fiesta de la aldea para el siguiente día.

Fijando también nuestra vista sobre las almenas de antiguos castillos que de trecho en trecho se levantan, atestiguan bien claramente la altivez y soberanía de los señores feudales y la activa guerra de la edad media; y en algunas profundidades de los valles ó laderas de las montañas se levantan al cielo, como una plegaria, las torres y cúpulas de gigantescos monasterios, algunos destruídos por despiadada mano, y otros en regular estado de conservación por la piedad é ilustración de personas que han comprendido su artístico mérito, restos venerables de una civilización vigorosa é inspirada en la fe.

Sin embargo, en un suelo de tanta grandeza y fertilidad, la agricultura é industria no corresponden á los dones que la Providencia le prodigó en el acto de la creación, sin duda por la falta de suficiente instrucción en la mayoría de sus

habitantes á fin de ayudar á la naturaleza misma en sus encantos y riqueza.

Si fijáramos más atención é inteligencia en el campo, si el labrador viviera en medio de sus tierras y oyera atentamente las lecciones de las personas ilustradas y las aplicara cual conviene, si mirase con interés las prácticas y mejoras del vecino y las imitara, llegaría á convencerse de la verdad que muchos acogen con la sonrisa de la duda ó del desprecio, y llegaría á convencerse de que el saber agrario, aplicado con el trabajo, es la fuente más pura, más copiosa y más permanente de bienes y riqueza. Cuando en nuestra querida Galicia se haya encarnado la idea de que el cultivo racional de la tierra es el principal horizonte de verdadera dicha y bienestar, entonces podremos asegurar que se acaban las emigraciones, porque habrá suficiente producción, se desarrollarán las industrias, habrá riqueza, habrá recursos, habrá Hacienda y entonces la antigua Suevia saldrá de su abatido estado, llevará sus riquezas agrícolas á otras provincias y países, podrá explotar sus escondidos tesoros industriales, dará á todos sus hijos el pan del país, en vez de verlos marchar con tristeza á lejanas tierras, origen de muchas desdichas tanto materiales como morales.

De este modo, con el trabajo y la inteligencia, conquistará su antiguo nombre y esplendor; porque la ciencia agronómica, bien conocida y bien aplicada, hace prósperos y ricos los Estados, así como, desconocida y desdeñada, perpetúa la miseria y el atraso de las naciones. Buen ejemplo nos da Inglaterra, que siendo su suelo pobre y su clima frío, siéndole relativamente contrarios todos los elementos, es el país más adelantado del mundo en agricultura, y la soberana por su industria.

En cambio, España no corresponde en estos adelantos á la fertilidad de su suelo, ni á la esplendidez de su cielo.

Grande es la gratitud que al cultivo de la tierra se debe, no sólo por su importancia histórica y por su influencia en el progreso humano, sino por su valor absoluto. ¿Qué sería de la poderosa industria y del opulento comercio sin la agricultura?

Vemos asimismo muchas siembras hechas al amparo de la casualidad; aguas que, desbordándose de sus cauces, ocasionan á veces la ruina y la destrucción; sequías irresistibles, altas montañas con calvas rocas que lloran la inacción de sus dueños, ó el perdido bosque que una despiadada mano ó

turbulentas cascadas y asoladores torrentes le arrebataron; casas miserables en aldeas y lugares, y algunas sábanas de siertas de cultivo y población; ejércitos de segadores que se dirigen á las provincias castellanas, y apenas templan los rigores de su miseria con el fugaz trabajo de la hoz; ganados que sufren las angustias del hambre en campos limpios de vegetación; toscos é imperfectos instrumentos que fatigan sin utilidad y perjudican al trabajo y al trabajador; caballerías de desconocidas razas descuidadas y raquíticas; perezosos gañanes, colonos y aun propietarios que todo lo esperan de la Providencia y poco ó nada de sus fuerzas é inteligencia, y muchos de aquéllos que se burlan de los consejos de la ciencia.

Mi adolescente inteligencia no alcanza á comprender como siendo tan fértil y envidiable por la situación topográfica, por su pintoresca campiña, abundantes ríos, inaccesibles montes, frondosos bosques, muchos y abrigados puertos, y grandiosos edificios, el reino de los Ramiros, Fruelas, Ordoños y Sanchos, así como la patria de los Gelmirez y Feijoos, permanezca tan atrasada en agricultura é industria, y no marche, como en otros tiempos, al frente de los adelantos modernos, trazando la senda del progreso y de la ilustración.

MANUEL FORMOSO LAMAS.

(Continuará.)





LA CUEVA DE LA DONCELLA

II

Vivía, ya entrada la segunda mitad del siglo X, en el puerto de Vivero, un marino de apuesto y varonil continente, intrépido hasta rayar en lo temerario, perito como pocos en achaques de mar, querido de los pescadores y navegantes, y mantenedor esforzado de sus fueros y franquicias; llamábase Fernando, y frisaba en los 35 años, al iniciarse los sucesos de que voy á dar cuenta.

Había navegado durante 15 años, en una embarcación que recorría el litoral cantábrico, haciendo el escaso tráfico que consentía la injuria de aquellos tiempos, más propicios para reñir cruentas batallas, que para cultivar las útiles artes de la paz. La veleidosa fortuna sonrió no obstante á los afa-

nes de Fernando hasta el punto de haber escudado su vida contra los rigores de los elementos y contra las excursiones de los normandos, y de haberle permitido recabar con el ahorro un modesto peculio.

Cansado de afrontar los peligros que depara la azarosa vida marinera, decidió cambiar el accidentado oficio de navegante por el menos arriesgado de pescador, y se restituyó, ganoso de poner por obra su propósito, á la tierra natal, fuera de la que había sentido por largo tiempo las negras ansias de la nostalgia.

Ya restituído al nativo puerto, ocupóse Fernando en reconstruir la ruinosa casa que heredara de sus padres, logrando verla sustituida en poco tiempo por otra de más hermosa apariencia que se destacaba entre las que formaban el barrio de los pescadores, cual se destaca la pura y encendida rosa entre las desmedradas florecillas silvestres.

Transformó, además, el huerto contiguo á la restaurada vivienda, si bien hubo de respetar un árbol corpulento que erguía su lozana copa proyectando en derredor plácida sombra. Bajo la fronda de este árbol patriarcal sentáranse un tiempo los honrados padres de nuestro marino, y allí se pasaban las tranquilas horas de descanso, puestos los ojos bien en las pintorescas riberas que festoneaban la ría, bien en el dilatado mar que, sereno y sonriente, unas veces, y soliviantado, otras, por las tempestades, se prolongaba en lontananza, hasta tocar el apartado límite del amplio horizonte.

Después de la frugal cena, retornaban ordinariamente al mismo lugar, ávidos de leer en el cielo, en ese grandioso libro, abierto por igual á las investigaciones del sabio y á las cábalas del ignorante, los misterios del tiempo. Seguían, atentos, el curso de los astros, de las espléndidas constelaciones, la sucesión de los fenómenos meteorológicos; y partiendo de los datos que les sugería la observación, aventuraban, con cálculo erróneo y supersticioso, predicciones y pronósticos que resultaban fallidos las más de las veces.

Compró, por último, dos lanchas de excelente traza marinera, provistas de los artes de mar, á la sazón en boga, entre los cuales figuraban las redes jeiteras, sin olvidar los cordeles y anzuelos para aprehender el pescado mayor.

El bienestar relativo de que gozaba Fernando no despertaba envidias entre sus compañeros de oficio, quienes le querían, por el contrario, con sincero y acendrado afecto. Nada más justo, después de todo, por que encontraban siempre

en aquel hombre un protector generoso y dispuesto á hacer en pro de los mismos todo género de sacrificios.

Con efecto, si la lancha que patroneaba, al correr un largo ó al ir en bolina, lanzaba al mar inadvertido tripulante, arrojábase súbito á las olas para recogerle y salvarle, aun con riesgo de la propia vida: si deshecha tormenta impelía sobre el acantilado de la costa desarbolada embarcación, allí se presentaba antes que nadie, afrontando los mayores peligros, para tender el primer cable de salvamento; si afligida familia sentía necesidad y laceria, iba al punto el bizarro marino con su óbolo á remediarlas y á prodigar toda clase de consuelos.

No había en toda la costa un hombre más perito en el ejercicio de la pesca que Fernando. Su ojo avezado y práctico la percibía cual si tuviese lentes de aumento, ó la apta pupila y el atemperado instinto de algunas aves marinas que divisan el pescado desde grandes alturas. No abusaba por eso el generoso marino de su superioridad en este punto, ni era avaro de ella, antes bien hacía solidarios de la propia suerte y de la propia pericia á los demás pescadores, á quienes advertía que tendiesen sus redes cerca del punto ó lugar en que el hiciese una postura, ó aventurase un lance. Así es que el pródigo cuerno de la abundancia llenaba de pescado los artes y las redes de todos, y todos regresaban al puerto, ebrios de gozo y henchidos de contento.

Fernando poseía, en suma, una hacienda regular, vivía querido de todos, y era por tanto feliz.

Faltábale empero, para que su dicha resultara completa, que el amor de una esposa fuera á calentar aquella blanca casita, sobre la cual se cernía, desde hacía mucho tiempo, una tristeza parecida á la que impera en la olvidada mansión de austero anacoreta. Fernando anhelaba también compartir sus destinos con una virtuosa compañera que le redimiese de las amarguras originadas por la orfandad, la cual había velado con fúnebres crespones los horizontes de su infancia desvalida.

Corrió la de Fernando á cargo de personas extrañas, y al par de extrañas, poco propicias á suplir con sus cuidados la ausencia de la solicitud paternal. Privado desde las auras de la niñez de las ternuras que prodiga el cariño paterno, no había visto posarse sobre su espaciosa frente el ósculo apasionado de la que le llevara en su seno, ni había templado su alma en el dulcísimo ambiente que irradiaba el amor

de la familia, ni había sentido latir una vez sola su corazón al unísono de corazones queridos. Amáranle sólo los cielos, al amparar su orfandad, los mares al respetar su vida, y la suerte, hasta cierto punto, al no tornar baldío su trabajo en la diaria lucha por la existencia. Vogaba, por último, sin ajena ayuda á través del agitado mar de la vida, y sentía las angustias de la soledad, después de haber sentido las de la ausencia.

Ya instalado en el puerto, la vacuidad de su corazón fué colmándose gradualmente, merced á las afecciones y á los lazos que engendra el trato social. Vió cerca de sí marineros que se consideraban felices con la posesión de los inefables goces que procura la familia: jóvenes discretas y virtuosas que le estimulaban á abrazar el estado conyugal: idílicos cuadros de doméstica bienandanza que anidaban en aquellas humildes barracas con más frecuencia quizá, que en los soberbios castillos y en los opulentos palacios; y esperanzado ante ejemplos tan edificantes, llegó á presentir irisadas lontananzas que prometían á su alma emociones más dulces que las que le habían ofrecido hasta entonces las irritadas olas de los mares cántabros. El medio ambiente que rodeaba á nuestro marino formaba extraño contraste con las soledades de su atribulado espíritu, y le hacía desear, con vivas ansias, lo que los más tenían á tan poca costa.

Observó, por último, que si se resignaba á morir célibe, se hundiría para siempre en los abismos de la nada el apellido patronímico que llevaba, privándose de sucesores á quienes transmitir la modesta fortuna que se había labrado, y que se proponía acrecentar.

Por más vueltas que daba Fernando en su calenturienta imaginación al arduo problema de trazarse una pauta á que ajustar su nueva vida y su ulterior posición social, no le encontraba otra solución que el matrimonio. El matrimonio, y sólo el matrimonio, podía—según nuestro marino—brindarle la alegría del hogar, la tranquilidad del alma, la satisfacción de las ansias que le asediaban, el reposo que apetecía, una confidente cariñosa de sus pesares, hijos que continuaran su personalidad, aseguraran su sucesión y dilataran su nombre á través del oleage incesante de las generaciones, una senectud exenta de cuidados, y una muerte tranquila en el regazo de cariñosísima esposa y entre los plañideros ayes de seres queridos.

Y como las cosas caen necesariamente del lado de que

se inclinan, y el corazón de Fernando se inclinaba á formar, por el amor, una familia, decidióse á abrazar el estado conyugal, y fió el éxito de sus planes al tiempo y á las circunstancias.

El *cliché* estaba, pues, preparado, y faltaba sólo que fuera á grabarse en él la imagen ideal que se forjara Fernando en su fantasía.

Dos meses después de haber adoptado Fernando tan suprema resolución, sentía en toda su fuerza esa avasalladora pasión, á cuyo imperio muy pocos se sustraen. Aquel corazón, hasta entonces concentrado, abrió de pronto sus delicados pliegues al amor, cual abre el botón del clavel su roja corola, al recibir el blando beso que le imprime la vivificante primavera.

A partir de esta época, se operó en Fernando una transformación profunda.

Ya no se consideraba solo en el mundo; ya las llobregues del porvenir no le abrumaban con su inmensa pesadumbre; ya el frío de la orfandad no le helaba con su glacial contacto: contemplábase ahora feliz y, al par de feliz, dotado de una savia y de un vigor nuevos, que reanimaban todo su ser, y le devolvían las energías de la juventud. Flotaban en torno de Fernando nacaradas imágenes de amor que le sonreían con deleite al poner cerca de sus anhelantes labios la cincelada copa del placer, llena hasta los bordes de un néctar más dulce y más sabroso que el que escanciaba la divina Hebe en los olímpicos festines. Ensanchábase el alma del enamorado marino ante la perspectiva de más venturosos destinos, y su imaginación, exaltada por la esperanza, le hacía entrever sonrosados horizontes de dicha imperecedera.

Durante sus plácidos sueños, creía surcar en compañía de su amada un inmenso lago, diáfano y transparente, templado por tibias brisas impregnadas de fragantes esencias, y circuído por encantadas ciudades que se destacaban en medio de horizontes teñidos de púrpura y oro. Imaginábase, además, que era conducida su barca por bellas moradoras de las acuáticas regiones, por bulliciosas ninfas, que erguían sus nieves y esculturales bustos sobre la superficie del lago y contemplaban absortas la sorprendente hermosura de la feliz compañera que llevaba á su lado.

He aquí los espejismos y ensueños que el amor sugería á aquella alma virgen, susceptible de albergar la candidez de

la paloma, pero incapaz de contener la astucia y la doblez de la pérfida serpiente.

¿Cuál era la mujer que había cautivado de tal modo el albedrío de Fernando? ¿Cuál la criatura feliz, á la que había erigido éste en su corazón un santuario?

Cerca de la casa en que vivía el honrado marino, existía otra, habitada por gentil pescadora, cuya virtud respetaban á una las lenguas de los habitantes del puerto, sin exceptuar las despiadadas de la gente maleante. Llamábase Marta, y era por todo extremo guardadora de su recato, honrada y discreta, trabajadora y hacendosa. Proveía al gobierno de su casa y á la administración de su exíguo patrimonio, con un tino y con una habilidad que contrastaban con sus veinte años, no cumplidos.

Desde la casa de Fernando divisábase la de Marta y viceversa: parecían dos nidos habitados por dos enamoradas tórtolas, que habían de tender en breve las blandas alas para acortar las distancias que les separaban y para unirse con indisolubles lazos. Estableciéronse, pronto, entre los moradores de ambas viviendas esas corrientes de misteriosa y espontánea simpatía, precursoras de afectos más íntimos y sagrados, los cuales se revelan ora en una mirada, ora en un suspiro, ora en un gesto, ora en los demás signos mímicos que han sido y serán en todos tiempos transmisores mudos de una pasión que, al nacer, procura mantenerse dentro de los límites que le imponen el propio decoro y la propia dignidad.

A las miradas y á los suspiros siguieron luego los apasionados diálogos y las protestas de amor, tanto más persuasivas en Fernando y en Marta, cuanto que los sentían de todas veras. En suma, aquellas dos almas, al ponerse en contacto, comenzaron por entenderse y adorarse, y no pararon hasta ir á fundirse en un alma sola, cual si obedeciesen a electivas afinidades.

Marta, la bella pescadora, era, pues, la feliz criatura que había operado en Fernando la profunda transformación que advertíamos hace poco.

Bien pronto los dos amantes decidieron casarse. En su impaciencia por acelerar la celebración de la boda, la fijaron inadvertidamente para un día que caía en martes, día nefasto para los marineros y pescadores. No volvieron, por esto, sobre su acuerdo los novios: el amor que se profesaban era de tal temple que ni á las mismas supersticiones se rendía.

Encamináronse Fernando y Marta, al anochecer de un martes, á la iglesia parroquial, para que el sacerdote interpusiera sus augustos oficios, é hiciera indisoluble el vínculo que unía ya, de hecho, sus hermosos corazones. Acompañaban á Fernando varios marineros, contentos y aun orgullosos de asistir á la ceremonia religiosa. Templaba los entusiasmos del séquito femenil, que iba en pos de Marta, cierta decepción que sentían las más de las mujeres que lo formaban, al ver que la novia se llevaba, sin más títulos que ellas, al hombre más gallardo y rico del barrio de los pescadores.

Era la iglesia parroquial un templo erigido bajo la advocación de Santa María. No brillaba por los primores del arte; antes bien parecía un caserón enorme con apariencias de iglesia, un hacinamiento de piedra y de argamasa, extraño á todo estilo arquitectónico, sin la corrección y sin la pureza de la línea, sin la gallardía de las formas, sin la unidad y sin la armonía del conjunto. La religión y la piedad no se habían servido aquí de la arquitectura para acrecentar el número de las valiosas joyas que atesora el arte cristiano. Si se exceptúa el bello ábside bizantino en que terminaba dicha iglesia, hacia el Este, aditamento precioso que no engranaba con el resto de la misma, todo lo demás era en ella, monótono, mezquino, tosco y aun grosero.

Afectaba, dicho templo, la forma de un rectángulo, cuyos dos lados mayores, se apoyaban en viejos y pesados arbotantes, por los cuales trepaban la yedra, el amarillo jaramago, y, de vez en cuando, algún lagarto de vivaces ojos, que salía furtivamente de las abiertas junturas de las piedras á solazarse al amor de los rayos del sol. Terminaba la iglesia por la parte oriental en el ábside mencionado. Un nicho abierto en una de las paredes laterales, en la fronteriza al Norte, cobijaba un crucifijo de madera, llamado el *Santo Cristo de los náufragos agonizantes*. Ardía constantemente, ante el mismo, una luz, la cual servía también para orientar en las noches oscuras, á los pescadores y navegantes que retornaban al puerto.

Constituía el recinto del templo una nave desprovista de bóveda, y sin más coronamiento que una grosera techumbre, sostenida por vigas y pontones que se enlazaban en forma de tijera. De estos pontones y vigas colgaban sus nidos los gorriones, los murciélagos, y alguna que otra rezagada golondrina.

En el fondo de esta nave, formado por el ábside anterior-

mente descrito, había un altar consagrado á la patrona de la parroquia y del puerto. Dentro de amplio y dorado camarín ofrecíase á la devoción de los fieles la Virgen María en el acto de su milagrosa Asunción. Esta efigie era una obra de arte por todo extremo notable. Habíala adquirido en Constantinopla un caballero cruzado, el cual la regaló á la parroquia, en cumplimiento de un voto piadoso que hiciera al partir á Tierra Santa. La madre de Dios destacábase radiante de hermosura y majestad, fija la dulcísima mirada en el cielo, y llena de inmenso júbilo, al sentirse transportada, por sobrenatural impulso, á las empíreas regiones para morar en compañía de su querido hijo.

Más abajo del camarín de la Virgen, veíase un templete con salomónicas columnas, el cual contenía un Niño Dios, en cuyos carmíneos labios se dibujaba la sonrisa del amor divino.

A uno y á otro lado del altar yacían en amable desorden cuadros votivos, abigarrados trajes de marineros; redes, jarcias, trozos de mastiles, y diminutos bocetos de las embarcaciones de la época; de aquellos barcos sin cubierta, con erguido alcazar á popa, con prominente roda á proa, y con doble y triple fila de remos. Eran trofeos de las victorias obtenidas por mediación de la misericordiosa Estrella de los Mares, contra la inclemencia de los elementos. En ella ponían los náufragos sus esperanzas, cuando las espumosas olas, encrespadas é imponentes, iban á sepultarlos en los profundos abismos del mar, y no las ponían en vano, las más de las veces, pues la bondadosa Virgen accedía, propiciá á sus ruegos, y les libraba de la muerte.

Cuando Marta y Fernando llegaron al templo, les esperaban ya el párroco, revestido de la pluvial capa, y el monago que había de auxiliarle en la ceremonia religiosa. La oscilante luz de la lámpara brillaba, cual un ojo abierto en medio de la noche, en el fondo del santuario, é iban á posarse los mortecinos rayos, que difundía, en el centro del altar, proyectando en torno del mismo débil penumbra.

Luego que el sacerdote recibió de labios de los novios las sacramentales palabras, por virtud de las cuales prestaban su consentimiento y se aceptaban por esposos, les leyó la epístola admirable de San Pablo, que condensa con sublimidad de concepto y con profundidad de pensamiento, la transcendencia religiosa y social del matrimonio cristiano. Cuando el Ministro del Señor leía con sentida entonación estas

hermosas palabras, *compañera te la doy, que no sierva: amá-la como ama Jesucristo á su Iglesia*, los ojos de Fernando y de Marta se animaron con apasionada ternura, como si quisieran decirse, *nos amaremos y seremos compañeros inseparables, no sólo durante la vida, sino que también después de la muerte*.

Terminado el acto, retiráronse sacerdote y monago; y en tanto los novios adelantáronse, cual si un mismo deseo les moviese, hacia el altar, é hincando sobre el pavimento las rodillas, dirigió Marta, á la Virgen, la plegaria siguiente:

—En estos momentos en que me embarga la dicha, dígnate ¡Madre amantísima! acoger benévola la plegaria que te dirige un alma sencilla, la más sencilla y humilde de cuantas imploran tus favores celestiales. Yo no sé ¡Reina de pureza, Virgen impecable y santa! como expresarte mi agradecimiento por las infinitas mercedes que me has dispensado, y singularmente por la que acabo de obtener al recibir un esposo que colma los deseos de mi corazón. Hélo aquí prostrado, cual yo, de hinojos, á tus plantas en señal de profundo reconocimiento, pues á él han alcanzado de igual modo tus favores, y él te profesa también especial devoción, á fuer de agradecido marinero. Hoy, que un lazo sagrado une para siempre nuestras almas, y que una común aspiración identifica nuestros destinos, necesitamos más que nunca ¡oh hermosa Estrella de los Mares! de tu valioso amparo para bogar sin tropiezo por el piélago de la vida hasta el fin de la jornada. Te rogamos pues, que continúes cobijándonos bajo los amorosos pliegos de tu manto misericordioso: que nos concedas un destello, no más, del intenso amor que siente tu corazón al interceder por nosotros los pecadores: que moderes nuestras ambiciones en la próspera fortuna, y que nos infundas, en la adversa, aquella santa resignación con que soportaste los más acerbos dolores. Esto te pedimos ¡oh Madre de Dios! con vivísimo empeño. Mas si no entrase en los secretos designios de Aquel que todo lo puede, deferir á lo que te demandamos: si las propias culpas atrajesen sobre nuestras frentes merecidas desgracias, preserva al menos de ellas á nuestros inocentes hijos, si es que llegáramos á tenerlos. Te lo pedimos ¡Madre querida! por el dolor que sentiste al ver espirar en la cruz al hijo que adorabas, sin quedarte más amparo que el cielo, al cual tornabas la afligida mirada pidiéndole auxilio.

Así dijo Marta, poseída del más santo fervor: á sus pala-

bras siguieron breves instantes de silencio y de profunda espectación, y, luego, es fama que la Virgen apartó un momento los ojos del cielo y los fijó en los desposados con triste y compasivo mirar. Así lo refiere, al menos, la tradición.

Levantáronse, en seguida, y disponíanse á salir; mas un murciélago aleve que, atraído por el fulgor de la lámpara, revoloteaba bajo la nave, batió las flexibles alas en torno de la luz y la apagó, sumiendo el santuario en la oscuridad más profunda.

Este suceso causó por un instante en Marta y Fernando impresión penosa y semejante á la que sentimos, cuando, en plena felicidad, viene imprevisto accidente á punzar nuestro corazón con el frío dardo de aciago presentimiento. Pero la alegría y el contento se sobreponían, en aquellas dos almas enamoradas, á todo enojoso recelo: así es que dicha impresión se desvaneció en breve. No sucedió lo mismo con las personas que formaban el cortejo nupcial. Muchas de ellas, influidas por la maldita superstición, vieron en aquel suceso un presagio cierto de que amenazaba á los recién casados un porvenir preñado de desdichas. ¿Y cómo no, si se habían casado en martes? Así decían, y con esto creían reforzar los fundamentos de sus fatídicos augurios.

Salieron todos á tientas del templo; ya fuera del mismo, fijaron los ojos en el oscuro vacío, surcado por las parabolas de las luciérnagas y de los relámpagos.

La noche estaba imponente: las nubes caminaban con celeridad de Sur á Norte, á manera de disperso escuadrón, cuyos caballeros huyen á la desbandada: cálidas ráfagas de viento hacían la atmósfera por todo extremo sofocante: la ría brillaba de vez en cuando con fosforescentes resplandores: y se avecinaba la tempestad precedida de truenos débiles y lejanos todavía.

Callaban las ranas al paso de la nupcial pareja y de los que formaban la comitiva, y luego les gritaban enviándoles su ronca salutación: una alondra, sobrecojida de temor al verles, levantó el vuelo y mudó de lecho, y más adelante les recibía el siniestro buho con su fatídico canto. Pero de pronto cesan todas estas voces ante la estrepitosa y potente del trueno. La tempestad avanzaba por momentos, y se apercibía á hacer explosión de sus iras.

Marta y Fernando llegaron al fin, preocupados y silenciosos, á la puerta de la hermosa casita habitada por este

último, y allí despidieron á los que les acompañaban. Cuando todos se recogían en sus viviendas comenzaba á azotarlas un fuerte aguacero, y se oía, á la par, la doliente vibración de la campana, la cual invitaba con su lengua de bronce á orar por las *Animas*.

(Continuará.)





EL PINAR Y LA CAMPANA

Dominando de un monte la altiva frente,
Sosteniendo las nubes tempestuosas
Que se van deslizando por la vertiente
Con lentitud, sombrías y majestuosas;
Eleva sus flexibles y esbeltos troncos
Por trepadoras plantas entretegidos
Un pinar, cuyos ecos, bruscos y roncós,
Por las agrestes cumbres repercutidos,
Esparcen por el valle que aquél domina,
Una música dulce, salvaje, extraña,
Que, cuando muere el día, y el sol declina
Tras los agudos picos de la montaña,
Forma coro gigante á las vibraciones
De la inmensa campana de una Abadía
Que balbucea triste las oraciones
Cuando va poco á poco muriendo el día.

Desde el hogar humilde donde yo vivo,
A la plácida sombra que da mi huerto,
Este duo gigante claro percibo

Y sus notas me hacen soñar despierto,
Pues, en las nacaradas nubes que cruzan
Como celestes naves el ancho espacio,
Que invisibles tormentas las desmenuzan
En indecisos copos color topacio,
Distinguir me parece séres alados
Que son los geniecillos inspiradores
De los dulces acentos entrecortados
Del metal y los pinos murmuradores.

Hay una diferencia tan infinita,
Un contraste tan grande como sublime,
En la ronca salmodia que el pino imita
Y la voz de la esquila que débil gime,
Cual la que haber pudiese entre nna fiera
Que ruje por la selva, libre y bravía,
Y la voz argentina de la parlera
Avecilla que canta la luz del día.

Atraído de aquellos salvajes sonos
Yo he subido á la cumbre de la montaña
Cuando aquella cercada de nubarrones,
Parecía imponente, visión extraña,
Y allí, bajo la bóveda que tambalea
Cuando el viento sacude sus mil pilares,
Fuí impasible testigo de la pelea
Que el viento sostenía con los pinares.

Y llegaban las rachas, láudas silbando,
Los altísimos pinos estremeciendo,
Y éstos, se retorcian agonizando,
Reponiéndose al cabo su copa irguiendo,
Y pasado aquel recio, violento empuje,
El viento se alejaba con gran estrépito
Y seguía, á lo lejos, ruje que ruje
Derribando algun pino, viejo y decrépito...

¡Ay! también atraído por la campana
He llegado á la puerta de la Abadía
Cuando el alba naciente con luz temprana
Inundaba la vega de poesía:
Y he visto despertarse las golondrinas
Que anidan en sus viejos claustros de piedra
Y en el pórtico oscuro, casi en ruínas,
Que va poetizando la oscura hiedra;
Y penetré en la nave majestuosa
Cuando por las ventanas semi-ogivales,

Se filtraba con miedo, la luz dudosa
 De los blancos destellos matutinales.
 ¡Qué sosiego allí dentro, qué calma ascética!
 ¡Qué sombras misteriosas por los rincones!
 ¡Qué emoción más sagrada, dulce y poética,
 Oír de la campana las vibraciones!

Al ver aquellas sombras, y aquel misterio,
 Y los santos tallados, en sus altares,
 Y la verja sombría del presbiterio
 Que dibuja una sombra por los pilares,
 Y oyendo la campana vibrar sonriendo,
 Me acordé de aquel fiero pinar agreste
 Que yo vi dislocarse con gran estruendo
 Azotado del rudo viento sudeste.

Allí las conmociones del cataclismo
 Y el rugido del genio de las tormentas,
 Aquí la calma llena de misticismo
 Y dulces campanadas vibrando lentas...

.....
 Muchas veces medito porqué dos notas
 Tan distintas, cual estas que yo percibo,
 Y que vienen volando de las ignotas
 Cumbres de un campanario y un monte altivo,
 Llegan á confundirse, á unificarse,
 A formar un conjunto tan armonioso
 Y esa nota que al cielo consigue alzarse
 Cuando cae tras los montes el sol dudoso.

Yo, en el hogar humilde, do feliz vivo,
 A la plácida sombra que da mi huerto,
 Este duo gigante claro percibo
 Como el eco confuso de un gran concierto,
 Y cuando el alba alumbra con luz temprana
 Los límites inciertos de este paisaje
 Me despiertan acordes, muy de mañana,
 El *rum, rum* de los pinos, ronco y salvaje,
 Y el *tin, tan* armonioso de la campana

Que va vibrando
 Cual arpa que acaricia
 Céfiro blando.

P. ROVIRA Y PITA.

Huerta del Lézrez, (Pontevedra) Agosto, 88.

GALICIA.—OCTUBRE 1888.—T. II.—N.º 10

34



BRINDIS

*pronunciado por D. Waldo A. Insua en Julio de 1888,
en el banquete dado por la prensa de Santiago
al Diputado á Cortes, Señor Don
Eduardo Vincenti.*

Señores y amigos míos: Oigo varias voces que me piden que hable, y una mano amiga—la del Sr. La Riva—me empuja para que me levante. ¿Cómo negarme á las excitaciones de los compañeros queridísimos, á los cuales me unen tantos lazos de afecto y gratitud? Vaya, pues, mi brindis, imperfecto y tosco como todo lo mío, y en el que, os lo digo sin modestia, no hallaréis las dulces imágenes del elocuente Alfredo Brañas, ni los viriles arranques y sublimes espontaneidades del fogoso Alfredo Vilas, aquí presentes, para gloria de Galicia y honor nuestro. Pero tened por seguro que seré breve, que fatigaré corto tiempo vuestros oídos; pues, á parte de que no me olvido nunca de que no soy orador, entiendo que este género de discursos que se hacen al final de una

comida, aunque sea frugal como ésta, para que merezcan perdón deben ser lacónicos.

Decía el otro día el Sr. Vincenti, que preside con justicia este banquete dado en su honor por sus compañeros de la prensa, presidiendo también una solemnidad literaria, de la mayor significación—el certamen llevado á cabo por el interesante periódico *El Ciclón*—que el regionalismo era un pecado, sino un crimen. Y apoyábase el Sr. Vincenti, para defender su tesis acusadora, en el principio que informa el regionalismo, un principio perturbador y anti-patriótico que desligaba á la provincia de la nación y tendía al fraccionamiento de los pueblos, cuando en este siglo todo converge á la unidad, y con el vapor y la electricidad parecen haberse unido el hombre de Europa y el hombre de América, á pesar de su vida de todo en todo opuesta. Y condenaba con tal motivo, el Sr. Vincenti, en períodos arrebatadores y apasionados, ese *insensato* regionalismo, pequeño de por sí, declarándose gran cosmopolita, y afirmando que la patria del hombre debe ser el universo.

¡Ah señores, bien se conoce que el Sr. Vincenti no ha vivido lejos de Galicia, de este hermoso Paraíso terrenal!; bien se echa de ver, que quien tales razones exponía á un público numeroso y benévolo que, como el Sr. Vincenti no ha cruzado el terrible Océano y llamado á las puertas de las ciudades de América, no conoce las amargas de la separación. Si así fuese, si el distinguido Diputado por Pontevedra hubiese, como yo, visto de cerca cuánto se sufre en la ausencia, quizás reformase su pensamiento y tuviera á orgullo ser regionalista. El calvario que allí se pasa, los hondos pesares que se devoran, los fracasos que se cuentan, los heroísmos de que no se apercibe ningún ojo, para alcanzar una posición, tienen siempre un faro luminoso, que es como una estrella de esperanza que alumbra en un cielo sombrío, la pequeña patria, esta Galicia inmortal, digna de todos los sacrificios y merecedora de todos los apasionamientos.

Pero esto sólo no justifica mis aficiones regionalistas, por que, señores, yo me honro y me envanezco de ser regionalista, á pesar de todas las excomuniones y anatemas que sobre mi cabeza lance mi querido amigo el Sr. Vincenti; justificalo algo más importante, algo más serio, algo que se siente palpar en estos días, que se ve en el espacio oscurecido, que se nota en la atmósfera cargada y que, en no lejana ho-

ra, creedlo, ha de condensarse para formar la nube que despidió la primera chispa de luz.

Galicia ha despertado de su largo sueño: los tristes días de la conquista han desaparecido y los manes de nuestros viejos Reyes suevos, andan, por sus valles y sus ciudades, hablando al oído de sus poetas, de sus historiadores, de sus novelistas y de sus pintores, estas palabras: *"sabadlo de una vez; teneis un idioma, teneis una historia propia, teneis, desafiando todavía las tempestades, los altares en que sacrificábais á vuestros primitivos Dioses, teneis una fisonomía característica que nadie os puede arrebatar; en una palabra, teneis patria, la inolvidable patria sueva."*

Esto lo oyen los espíritus delicados—que no á todo el mundo es permitido oír el habla de los muertos;—y así no es milagro que en la poesía se realicen maravillas como las de Rosalía Castro, Curros Enríquez, Pondal y García Ferrero, en la historia, prodigios como los de Murguía, en la novelaria, deslumbramientos como los de Emilia Pardo Bazán y en las artes, acontecimientos venturosos como los de Manuel Angel, Román Navarro y los hermanos Brocos.

¿Creéis que éste movimiento es simplemente una manifestación del progreso de la nación? ¿Creéis que los impulsos que movieron al viejo sabio de Vilancosta, al ilustre Marcial Valladares, á publicar su Diccionario gallego, los recibió de la Corte, en la que, no ha mucho tiempo, se levantó un gran poeta castellano á denigrar con ruda frase el regionalismo? ¿Creéis que los saltos gigantescos que ha dado nuestra poesía, que el perfeccionamiento de nuestro dulcísimo idioma, se debe á los vuelos que alcanzaron la poesía y el idioma de la nación española con Zorrilla, Arolas, Ayala, Núñez de Arce y Ferrari? No por cierto; este gran oleaje del que fué tranquilo mar provincial, es el producto de la nueva idea que va infiltrándose en todos los corazones, tomando posesión de todas las almas y haciendo de los más exagerados cosmopolitas, regionalistas inconscientes.

Bien mirado, mis queridos amigos ¿que otra cosa es este modestísimo, almuerzo que el pretesto para realizar un acto regionalista? Habeis premiado antes de ayer la música gallega, la melancólica gaita celta, los humildes campesinos que, con sus trajes vistosos y alegres, nos han recordado nuestro tipo original y primitivo: todo eso habeis premiado; y para presenciar instante tan plácido hase reunido un enjambre de bellas mujeres y una cohorte de ilustrados caballeros, galle-

gos casi todos, y nuestro anfitrión, el respetable Sr. Vincenti, que predica el amor universal, como si este sentimiento no fuese más grande cuanto más reducido es el lugar en que se desarrolla, fué el encargado de pronunciar un discurso elocuente que todos hemos oído con agrado, menos, por mi parte, en aquello en que me sentí fustigado por mi condición de regionalista; porque, francamente, á nadie le gusta que le tiren de las orejas, aunque sea con gracia, como la tiene, indudablemente el señor Vincenti.

Soy regionalista—y de ello no me arrepentiré jamás—y aprendí á serlo más allá de ese tormentoso mar que empieza en la tranquila ría de Arosa y en un lugar hasta el cual llegan casi apagados los ecos y los rumores de la inolvidable patria gallega. Y como creo que el regionalismo no es el separatismo, ni siquiera, en el orden político, el autonomismo, sino una aspiración legítima, honrada é inofensiva, que consiste en buscar para determinadas provincias la mayor suma de bienes, sin que por ello se lastime el principio de unidad nacional, por eso yo me declaro regionalista é invito á todos los corazones generosos, á estos poetas y literatos que me escuchan y al mismo Sr. Vincenti, á que entren en mi iglesia y comulguen en mi altar, si quieren recibir la verdadera partícula sagrada.

¿Sabéis lo que queremos y buscamos los pocos y mal mirados regionalistas? Queremos la independencia moral de nuestra patria, buscamos el acabamiento de la tutela: queremos abrillantar más y más nuestro idioma, restaurar nuestros monumentos, extender a más amplios horizontes nuestra poesía y abrir nuevas vías á nuestra literatura: buscamos ese medio ambiente que hace dichosos á los pueblos, que empuja las industrias como en Cataluña y levanta las artes y las ciencias históricas como en Portugal: eso queremos, y aún queremos algo más: echamos de menos nuestra historia, que un gallego eminente, gran regionalista por cierto, prosigue ahora dichosamente, y un Centro que sirva para dictar reglas y preceptos á esa numerosa pléyade de jóvenes poetas que ha brotado entre nosotros y que sigue amorosamente la ruta marcada por los precursores, por los que ya están en la tumba y esperan desde allí la próxima redención de la mártir.

¿Es un crimen pensar así? Yo aguardo la absolución del Sr. Vincenti y la aguardo tanto más confiado, cuanto que presiento que, allá para su pecho, es tan regionalista como yo.

Sería menester que el Sr. Vincenti renegase de la gene-

ración á que pertenece para que no profesase sus ideas, que son las mías, las regionalistas, las que anhelan fisonomía peculiar para Galicia que, dentro de la nacionalidad española, tiene el deber de conservar lo que le es anejo y propio, costumbres, idioma y tipo, y que por más que digan, no podrá confundirse nunca con Castilla, ni con Andalucía, ni siquiera con Extremadura.

Déjesenos amar nuestro pedazo de tierra, esta tierra que parece una sonrisa de la Divinidad, con sus mares atrayentes y azulosos, su cielo de nácar y ópalo y sus valles de esmeralda fina, que no por ello olvidaremos lo que á España debemos; y tenga por seguro el Sr. Vincenti, que si el caso llega—que ojalá no llegue—volveremos á ser los gallegos lo que fueron nuestros mayores á principios de este siglo en la Coruña, en Puente San Payo y en Vigo, baluartes humanos de la independencia española. Si los rudos montañeses de Cotovad, los que humillaron á Ney, fuesen cosmopolitas y lo fuesen también los héroes de Gerona y Zaragoza, los estudiantes de Rioseco y los valientes de Bailen, ¿tendría España el honor de haber vencido al gigante de Austerlitz?

Voy á concluir este brindis—que al fin resulta largo y enfadoso. Un señor, que me ha precedido en la palabra, ha hecho, hace pocos instantes, un ruego al buen Dios: ha pedido para el Sr. Vincenti la cartera de la Gobernación: aunque yo crea que esto á quien debe pedirse es al Sr. Sagasta—único dispensador, hoy por hoy, de tales gracias—y que el Sr. Vincenti es muy capaz de desempeñarla, porque le sobra talento para ello, permítaseme que difiera de dicho señor y que desee para el ilustrado compañero que festejamos en este momento, una gloria más esplendorosa y perdurable que la que trae la posesión de una cartera ministerial.

¿Sabéis, señores, lo que deseo al Sr. Vincenti? Que en el parlamento, en donde tanto se habla y jura en vano, sea el intérprete fiel de los dolores reales de Galicia, el defensor de su campesino, maltrecho, y esclavo eterno del fisco, la voz solemne que proteste contra esos presupuestos que nos abruman y no nos dejan mas que una vida ficticia y desesperada, y el paladin de cuanto le convenga y la lleve al bienestar y á la riqueza; en una palabra, que sea á modo de O'Connell, sin desesperar jamás del triunfo de su tierra.

Esta será su mejor y más pura gloria; y, si lo hace, tendrá un lugar en todos los corazones gallegos y una estatua en cada una de nuestras ciudades.—HE DICHO.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

JOHN D. GARDNER

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

JOHN D. GARDNER

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

JOHN D. GARDNER

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

JOHN D. GARDNER

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

JOHN D. GARDNER

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

JOHN D. GARDNER

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO



A POSTA D'O SOL EN VIGO (1)

LEMA

"N-esas horas qu'enxendran n-o espírito
Ilusiós y-esperanzas e afeutos
En qu'é o mar tan azul e tan maino,
Tan risoño o paisaxe e tan meigo,
Qu'hay n-as campás feitizo tan fondo
E n-as veigas tan dulce sacreto
Que parés qu'está todo en agarda
D'un pincel, d'un artista, e d'un lenzo...."

GARCÍA FERREIRO.

Espeutacros feiticeiros
E sobrimos ten Galicia
N-os seus campos froleados
N-os seus soutos, n-as suas rías,
N-os seus verxeles acultos
O espaldar d'as eremidas;
N-os romorosos regatos
Qu'as xuncias d'a orela bican;

(1) *Poesía premeada con pruma d'ouro e prata n-o certame literareo de Vigo.*

N-os seus ceos que pra Dios
O pensamento encamiñan;
En todo, porque Dios quixo
Ceibar tantas maravillas
Sobr'este rincón d'a terra,
Qu'é impusibre ver cinguidas
Entre mares tromentosos
Tantas e tantas delicias
Como se ven n-esta patrea
De Sarmentos e Macías!
Mais si queredes qu'o peito
Estrale e qu'as bágoas limpas
Mollen os ollos, que, parvos,
Máis qu'esculcan, adimiran
Tanta beleza, tal caste
De sobrimos fantesías,
Tantas cousas sorprendentes,
Tantas graceas pelegrias
Somentadas á maus cheas
N-o curruncho de Galicia,
Vinde comigo á unha terra,
Vinde comigo á unha vila,
Vinde comigo á unha praya,
Vinde comigo á unha ría,
E veredes fermosuras
Sin rival tocant'a lindas.
É Vigo, cibdá que é feita
D'esprandores e surrisas,
D'anacos de ceos risoños
E d'encantos d'as undinas.
É Vigo, cibdá famosa
A cibdá d'a Recunquista,
A que venceu ôs franceses
En loita nunca esquecida.
É Vigo, cibdá encantada,
Máis branca qu'a neva limpa,
Máis legre que Porto Vente,
Máis feitizosa que Niza.
É Vigo, a pelra preceada,
É Vigo, a fror de Galicia,
É Vigo, a soltana bella,
É Vigo, a xoya máis rica
De cantas xoyas s'alcontran

N-este chau esparexidas!...
Ten un mar qu'é terso espello
Onde Dios, n-as ondas, mira
Retratarse d'os seus ceos
A maxestá pelegrina;
Ten verxeles que non poden
Co-as froles pue levan riba;
Us xardís qu'o Paradiso
Romedan; unhas campías
Cheirosas y-arrecendentes,
Cheas d'amor e poesía,
Onde cantan os paxáros
Hinos de paz e armunías;
Unhas casas que somellan
Pombas mansas e durmidas
N-o fondo d'unhas montañas,
N-o pico d'unhas culinas,
Ond'os Castros as suas bocas
De ferro d'artilleiría
Deixan ver, pois de cañós
Inda s'hachan goarñecidas.
¡Quén poderá desquirbir
C'os acentos d'a sua lira
Tanta beleza d'os ceos,
Tantas galas d'as campías,
Tanta maxestá d'os mares,
Tanta humana maravilla
Como fen Vigo, á risoña
Mellor cibdá de Galicia!
¡A posta d'o sol! N-hay modo
De retratare a poesía
Que ten n-esa hora o ceo,
Que ten n-esa hora a ría,
Todo bruma, todo fogo,
Todo côr, todo surrisas,
Todo luz, todo misterio,
Todo paz, todo alegría,
Todo ruxidos d'o mar,
Todo marmullos d'a brisa,
Tod'encanto, todo gloria,
Tristeza e malencunía,
Un algo que non se sinte,
Un algo que non s'esprica,

De solene, de grandeoso,
Qu'estremece y-ademira,
Que pon n-as almas respeto
Y-amores e calma mística....
Manto de néboas encolga
D'as crestas d'aquelas islas (1)
Que parescen centinelas
Vixilantes, ou espías
Qu'esculcan s'algún tirano
Mete as proas car'à ría.
Todo queda en sombra, todo
Dende Bouzas hastr'à Guía,
Dend'o Con hastra Moaña,
Dend'as prayas hastr'as Islas.
Toma o mar cöor negruzo,
Fóndese o sol n-as culinas,
Y-as estrelas cabrilean
N-as augas.... ¡Cánta divina
Fermosura entón s'advirte
Por onde quer vai a vista
Dend'o mar ôs altos ceos,
Dend'o ceo âs altas cimas,
Dend'as cimas âs congostras,
Dend'as congostras â ría!
¡A posta d'o sol! Calade....
Non profanedes co-as liras
Este esputacro soberbeo,
Esto qu'aturde y-axita
O corazón d'os que levan
N-o corazón a poesía!
¿Quén non reconece, vendo
A posta d'o sol marina,
Qu'hay relixión, qu'hay crëenzas,
Qu'hay un Dios alá... ¡alá enriba!

RAMÓN LÓPEZ PINAL.

Leiro (Ribadavia) 1838.

(1) As Cíes.



CONVENIENCIA Y MEDIOS DE PROPAGAR EN GALICIA

EL CULTIVO DEL AVELLANO

I

La utilidad y grandes servicios que los árboles prestan al hombre, así en el orden físico como en el industrial, están, por fortuna, al alcance de todo el mundo, puesto que á nadie se le oculta la influencia que ejercen en la atmósfera, mejorando las condiciones higiénicas de las localidades, proporcionando magníficas maderas, sabrosas frutas, preciosos remedios y otras producciones á cual mejores: debe pues recomendarse la propagación del arbolado para que éste se efectúe con más ahinco en el país gallego, aunque no sea mas que para llenar el vacío causado por el hacha impía del incansable leñador, vacío muy sensible en atención á la indolencia y rutina de nuestros paisanos.

No basta plantar unos cuantos árboles en las *tensas* de tierra, pegadas al terruño; es preciso plantar muchos y mu-

chos, y dejarse de imitar á aquéllos que, encerrados en las viejas tradiciones heredadas de sus mayores, sólo cuidan de cultivar un corto número de especies de las más vulgares de la comarca, con notorio perjuicio de otras que, bien conocidas y cuidadas, darían seguramente más pingües beneficios.

Una de estas desheredadas de la fortuna y digna por lo tanto de mejor suerte, es la del avellano, que si bien es cierto que no es desconocida del todo en Galicia, el número de sus individuos es tan limitado, que parece se les considera como cosa de poca monta, y que sus rendimientos no valen la pena de fijar en ellos la atención: error grande que la experiencia ha demostrado muchas veces. Tiempo es, pues, de que se disipen añejas preocupaciones y se aprecie en lo que vale este vegetal que la naturaleza nos ofrece, y que no se desdeñe su cultivo en atención á sus múltiples utilidades.

II

El avellano es una planta monoica de la familia de las cupelíferas que nace y vejeta espontáneamente en todos los países de Europa, se propaga fácilmente y es muy productiva, tanto por su fruto, sano, agradable y propio para la obtención de un aceite que en algunas partes se prefiere al de la aceituna, como por su madera de la que sacan partido los cesteros y toneleros para sus más delicados trabajos, puesto que reemplaza al mimbre por ser flexible, elástica y ligera, sin perjuicio de emplearla en la construcción de muebles y utensilios.

Cataluña es probablemente, dice el Doctor Rengade, el país donde se recolecta con más abundancia el fruto del avellano, siendo digno de mencionarse que la provincia de Tarragona es la primera en la explotación de este producto agrícola, que suele recolectarse desde mediados de Agosto hasta últimos de Septiembre.

La corteza de los ramos jóvenes de esta planta ha sido empleada y preconizada como febrífugo, y muchos suponen que en el país donde abunda el avellano, son muy escasas las calenturas, y así parece confirmarlo la experiencia.

El cocimiento de la corteza de la avellana, tiñe, con el alumbre, de amarillo claro, y con el sulfato de hierro, de gris oscuro, y sus hojas son buenas para teñir el algodón

de amarillo, las que también se aprovechan como material de abono con motivo de poderse coger en cantidades extraordinarias (1)

Diversas son las variedades que en nuestra península se cultivan, siendo la principal el avellano común, árbol de pequeñas dimensiones, de que hay dos especies llamadas *de Bizancio* y *de Constantinopla*, y que ofrecen por sus nombres alguna confusión, diferenciándose, no obstante, en que los individuos de la primera tienen la corteza blanquizca, las hojas ligeramente vellosas, crecen mas que los de la segunda, su forma es piramidal y su madera mucho mejor, pero de menos producción frutal.

A juzgar por su procedencia (2) deben convenirles los climas benignos, pero sin embargo, resisten bien los del Norte, como lo prueba el que se encuentren en Aragón, provincias catalanas, Asturias y otros países donde vejetan con gran vigor en las localidades frescas, algo húmedas, elevadas y descubiertas.

Algunos aseguran que el avellano crece con más rapidez que la mayor parte de las clases de árboles que pueblan nuestros sotos. Lo cierto es que puede considerarse como uno de los más precoces.

Su multiplicación puede efectuarse por semilla, acodo, renuevo ó ingerto, siendo, en nuestro concepto, preferible el primer medio, sin perjuicio de ingerirlo á su debido tiempo, si es que se piensa utilizar como frutal; de lo contrario, será mejor no hacer tal operación.

Eligiendo el primer método, se escogen avellanas de la mejor calidad y, en otoño, ó en la primavera, se efectúa la siembra á tres ó cuatro centímetros de profundidad, en almácigas: á los dos años, se trasplantan los arbolitos al sitio que se les designe.

Respecto al ingerto, éste puede ser de escudete ó pua.

Al pie del tronco del avellano, suelen desarrollarse muchos renuevos; éstos debilitan el tronco, privándole de jugos alimenticios, y deben por lo tanto suprimirse, á no ser que quieran utilizarse con igual objeto.

La época de recolectar el fruto es cuando cae del involucre herbáceo que le cubre, ó cuando éste principia á se-

(1) Rengade. *Las plantas que curan y las plantas que matan*.

(2) Varios autores afirman que procede de la ciudad de Avella, en Italia, de donde tomó nombre.

carse. La avellana es objeto de gran comercio como fruta, en muchas partes, menos en nuestro país; pero, no obstante, en los dos últimos siglos debió hacerse mas aprecio de ellas en las provincias gallegas, si nos fijamos en que muchos conventos cobraban de renta ó pensión algunos ferrados.

III

Acabamos de reseñar, á la ligera, las circunstancias que adornan al avellano y hacen recomendable su cultivo á las corporaciones y personas interesadas ó llamadas á la conservación de nuestros bosques y arbolados, y conocido esto, conveniente es sostenerlo y fomentarlo por todos los medios posibles, tanto más cuanto que las cuatro provincias hermanas, por las excepcionales condiciones topográficas y climatológicas que reunen, son muy apropósito para este objeto.

Una vez reconocida la conveniencia del cultivo del avellano en las tierras de Suevia, sólo nos resta indicar los medios que son, á nuestro juicio, los mas conducentes para propagarlo, empresa que creemos mas fácil de lo que á primera vista parece, y que podremos reducir á los cuatro sistemas siguientes:

- 1.º Utilizando los baldíos.
- 2.º Utilizando las carreteras.
- 3.º Utilizando los vallados.
- 4.º Formando brabádigos.

Llámanse *baldíos* los terrenos que permanecen sin cultivo por no estar sujetos á dominio particular, y son los que conocen los labradores gallegos con el nombre de *comús*. Derívase aquella palabra de la voz anticuada *balda*, la cual, según los etimologistas, viene de la arábica *ball*, que significa *cosa de poco valor*, porque en efecto los baldíos, como terrenos incultos, son entre todos los menos provechosos y los que menos contribuyen á acrecer los productos de la agricultura.

España es nación abundante en baldíos, y á su prodigiosa multitud se debe indudablemente el lamentable atraso de aquella ciencia. Hoy aun hallamos inmensos terrenos á don-

de la mano del hombre no ha llevado jamás el cultivo y que, sin embargo, pudieran dar alimento, subsistencia y trabajo á muchos habitantes. Galicia no carece de ellos, y estos son los que debían destinarse á producir avellanos, empresa á la que podían dar impulso los municipios rurales.

Las carreteras, esas vías de comunicación que unen y enlazan pueblos con pueblos, ofrecen á la mirada del observador campo seguro y terreno suficiente para la producción de miles de avellanos, que plantados á sus orillas, sin perjuicio para nadie, producirían seguramente copioso fruto, purificarían la atmósfera de pútridas emanaciones, y ofrecerían al sofocado viajero un grato resguardo contra los ardores del sol. Y esto que decimos de las carreteras, es aplicable á las calles, paseos y alamedas de las poblaciones.

Los vallados, *cómaros*, setos ó cercas de las heredades, ofrecen también otro medio seguro para propagar el avellano, pues sin duda alguna, este árbol iguala, si no aventaja, á otros vegetales destinados á servir de valla, cuando no de límite á rústicas fincas, siendo para ello una circunstancia inapreciable la que en otro sentido es causa de litigios y disgustos: la excesiva subdivisión de la propiedad. No obstante, como nuestros labradores acogen con prevención toda innovación, por beneficiosa que sea, no dando crédito mas que á los de su clase que visten su mismo traje, sería un medio poderoso para destruir este inconveniente, el darles instrucciones, facilitarles gratis semillas ó plantas y aun ofrecer premios en metálico al que mejor les cultivase.

Por último, podían formarse *brabádigos*, á la manera de los que hay de castaños, puesto que el avellano tiene el mismo servicio para arcos.

IV

Para concluir: tenemos el itinerario, conocemos el lugar del próspero acabamiento del viaje, y las vueltas y recodos del camino que conduce al mejor desarrollo del tema que nos hemos propuesto.

A las corporaciones oficiales toca el interponer su valiosa influencia y cooperación á fin de conseguir tan laudables mejoras. Nosotros no hacemos mas que llevar una pequeña pie-

dra al edificio, atrevimiento á que nos hemos propasado con nuestra humilde pluma, contando con la benevolencia del ilustrado lector, en gracia de la importancia de tan curioso y olvidado asunto.

FLORENCIO DE VAAMONDE.





PARDO DE CELA

Tu cabeza rodó; y á nadie asombre
La forma de caer, que así el que vela
Por la patria sucumbe, si es que anhela
Darle en su esfuerzo su inmortal renombre.

La historia de los tiempos da ese nombre
Con misterio y pavor.... ¿Porqué recela
Mi conciencia ante ti, Pardo de Cela,
Acaso ingrato al rey y justo al hombre?

Una duda cruel lleva conmigo,
En mi pecho, esa historia, de que seas
Del feudo infame singular castigo.

Generoso ó falaz, en tus ideas
Si se alzaba el tirano, te maldigo,
Si cayó el liberal, ¡bendito seas!

LUIS PARDO.

TABLE OF CONTENTS

1. Introduction 1

2. The History of the Project 2

3. The Methodology 3

4. The Results 4

5. The Discussion 5

6. The Conclusion 6

7. The Acknowledgments 7

8. The References 8



LA CRUZ DE LAMPÓN

BOCETO TRADICIONAL, DEDICADO A MI QUERIDO TIO D. R. C. V.

Noche apacible. En toda la parroquia de Lampón, óyese tan sólo el gemido del cierzo, al rozar en las hojas, y un murmullo suave del mar, al acariciar las riberas. Dos bultos destácanse en éstas que, al fulgor de las estrellas, parecen fantasmas de leyenda. Acerquémonos, para atender á su conversación.

Son hombre y mujer.

—Arminda, ya te he dicho mis proyectos que realizaré al volverme del ejército. ¿Faltarás á tus promesas?

—Pedro... aún lo dudas! Esa sospecha llena mi alma de dolor.

—No llores, prenda mía, no llores, que otro dudara en mi lugar.

—¡Dudar! ¿Porqué? ¿Acaso no he dado pruebas suficientes para confirmarte en que nada me importan las riquezas

de un hombre á quien no amo? ¿No hé rechazado mil veces sus pretensiones, y las continuas asechanzas de mis padres? Es vicioso y descreído; por esto nunca podré amarle, ya que otras razones no tuviera que me inclinasen á tal determinación. Te aseguro que llegaría á despreciarte lo mismo que á él, si en algo le parecieras al volverte de tu excursión.

—Pobre soy, y... me amas tanto!...

—Tanto, porque eres honrado y bueno. Para Dios no hay distinción de personas: quiere lo mismo á los ricos que á los pobres, dando á los humildes la exaltación y gracia.

—Y si tus padres impiden nuestra unión?

—No me casaré con otro. Mi tálamo será una celda.

—Júramelo.

—Por Dios!...

Y las brisas de la mar llevaron este juramento al eco que se encargó de repetirlo en lontananza, como muestra del asentimiento que el supremo señor daba á la mútua promesa que había atestiguado. Así lo creyeron los dos jóvenes.

II

Pasaron algunos años. En la parroquia de Lampón se aguardan los quintos que vienen á cumplir en sus casas los años de reserva. Pedro Martínez, debía llegar entre ellos. Arminda ya recibiera la carta de embarque. Todos los días iba á la iglesia á pedir á Dios por su amado, y todos los días entraba en pos de ella un hombre, conocido en aquellos lugares por las fabulosas riquezas que importara de Méjico. Su vida, estaba envuelta en el tupido manto del misterio. Permanecía en el templo, como aquel que asiste por compromiso á un espectáculo, fastidioso en gran manera. Eran sus únicos movimientos, los de entrada, salida, y en ambos el esmero en mostrarse delicado, ofreciendo agua bendita á la piadosa Arminda; por lo demás, parecía una estatua. De la iglesia seguía á la joven hasta la casa, para dirigirle siempre un amoroso requiebro, que ella constantemente recibía con visibles muestras de repugnancia y desdén.

Un día, en un caso parecido, recibió el Mejicano un desengaño átroz. Arminda, desprecióle como siempre, y él, conociendo que cada día la encontraba más inflexible, lleno de insensatez, dijo á la hermosa joven:

—Arminda, me desprecias? Tengo oro, y tus padres están comprados.

—Pero mi corazón no se vende; respondió con altivez Arminda, herida en sus delicados sentimientos por las brutales palabras del monstruo.

—Pero se aproxima; rugió el león.

—Nunca podré amarte; replicó la paloma.

—Serás mía.

—Antes muerta!

—Lo veremos. Sepárase de allí el monstruo, dirígese á la ribera y queda abstraído fijando su mirada frenética en el mar. El Cabo de la Cruz, internándose en él, forma, con la Puebla, una pequeña ensenada, en cuyo arco se halla situada la parroquia de Lampón. Las aguas del Océano, siempre llegan apacibles y mansas á estos lugares.

El mejicano, se habría parado precisamente en el mismo sitio que años antes Arminda jurara ser de Pedro. Irritado al ver sus riquezas despreciadas y tenidas en poco, jura con terrible voz poner obstáculos á la unión matrimonial de nuestros jóvenes amantes.

El ronquido potente del tembloroso trueno, repercute en el espacio, y una tempestad furiosa desencadenase en el mar. ¡De que modo tan distinto recibió la naturaleza dos juramentos!

III

La tempestad arrecia, y las olas enfurecidas vienen á estrellarse en las paredes del castillo señorial de Goyanes que, cual despótico dominador de la comarca, aun hoy re hiergue en aquel lugar. A su alrededor agrúpanse las gentes, aterrizadas ante un espectáculo tan desusado en las mansas aguas de su ría. Las miradas todas convergen en un punto negro que allá, en medio de las revueltas montañas de espuma, se mueve sin rumbo determinado y á impulsos de las voraces olas. Cada movimiento del punto, es saludado con exclamaciones dolorosas, por los agitados y convulsos espectadores de tierra.

Arminda, derramando lágrimas, ocupa también un lugar de observación.

Echado por el mar, fuése acercando poco á poco aquel

punto, que al fin presenta ya el triste aspecto de un barco desarbolado y desvencijado por la tormenta. Quejumbroso murmullo exhalan los espectadores, murmullo preñado de gemidos y aflicciones: se postran á orar, y Arminda dirige la fervorosísima oración.

Una ola gigantesca le impele á una distancia más próxima de la orilla, y otra, no menos gigantesca, elévale en su encofetada cresta, para precipitarle al fondo.

Triste exclamación de terror anuncia la desgracia. Locos los de tierra con pérdida tal, intentan meterse al mar, para arrancar á las olas los seres queridos que habían tragado. Momentos eran estos de intranquilidad indefinible. La voz del Sr. Cura, allí presente, detiéndoles, al prometer con voz solemne, oferta de gratitud á la Virgen del Carmen, patrona especial de los marinos, en nombre de aquellas atribuladas familias. La esperanza, bálsamo confortativo en momentos de angustia, sobre todo, vuelve á tener cabida en aquellos lacerados corazones.

Un tétrico espectro, oculto en la maleza, contesta á esta promesa, con sarcástica sonrisa: era el monstruoso rico que se gozaba en su próximo triunfo, al ver entre los náufragos á Pedro, luchando con las olas, sin probabilidades de salvarse.

La mar arrojó paulatinamente á sus orillas los infelices aquellos, que, cansados de pelear, llegaban á tierra casi exánimes. Pedro saliera también. Todos se salvaron.

Arminda, delirante, abrazóse en Pedro, al entregárselo una ola. No acertando á convencerse de la dicha que la embriagaba, cuando apenas había podido cambiar algunas palabras con su idolatrado dueño, una mano alevosa introduce puñal homicida en el pecho del joven: el Mejicano, que cumplía su juramento en el mismo sitio que lo pronunciara. Pedro, bañado en sangre é inclinándose con dificultad, exige á su amada cumpla la promesa que, poniendo por testigo á Dios, empeñara en aquel desgraciado sitio en que se moriría sin duda; obteniendo como justa respuesta á exigencia tan justa, la siguiente contestación de Arminda, pronunciada al compás de profundos sollozos y con lágrimas de un dolor inmenso: "Sube al cielo, esposo mío, y allí aguardame que pronto te veré," "Gracias, Dios mío," exclamó Pedro, apretando con frenesí la mano diminuta que ella le tendía. El cura bendijo esta unión, proclamando en nombre de la Iglesia, la verificación de aquel matrimonio, cuyo tálamo nupcial sería el ataúd.

Arminda recibió, gimiendo, los últimos alientos de su esposo, que, como postrimer caricia, reclinó en el regazo de ella su cabeza moribunda. Así cumplieron el juramento que allí mismo pronunciaron algunos años antes, de guardarse fidelidad mutua.

Un hombre corre entonces por la ribera, loco, bajo la influencia de un raptó de enagenación. Se interna en el bosque cercano, y el eco nos trae, momentos después, estas infernales palabras por él sin duda pronunciadas: ¡Maldición! ¡Maldición!...

.

IV

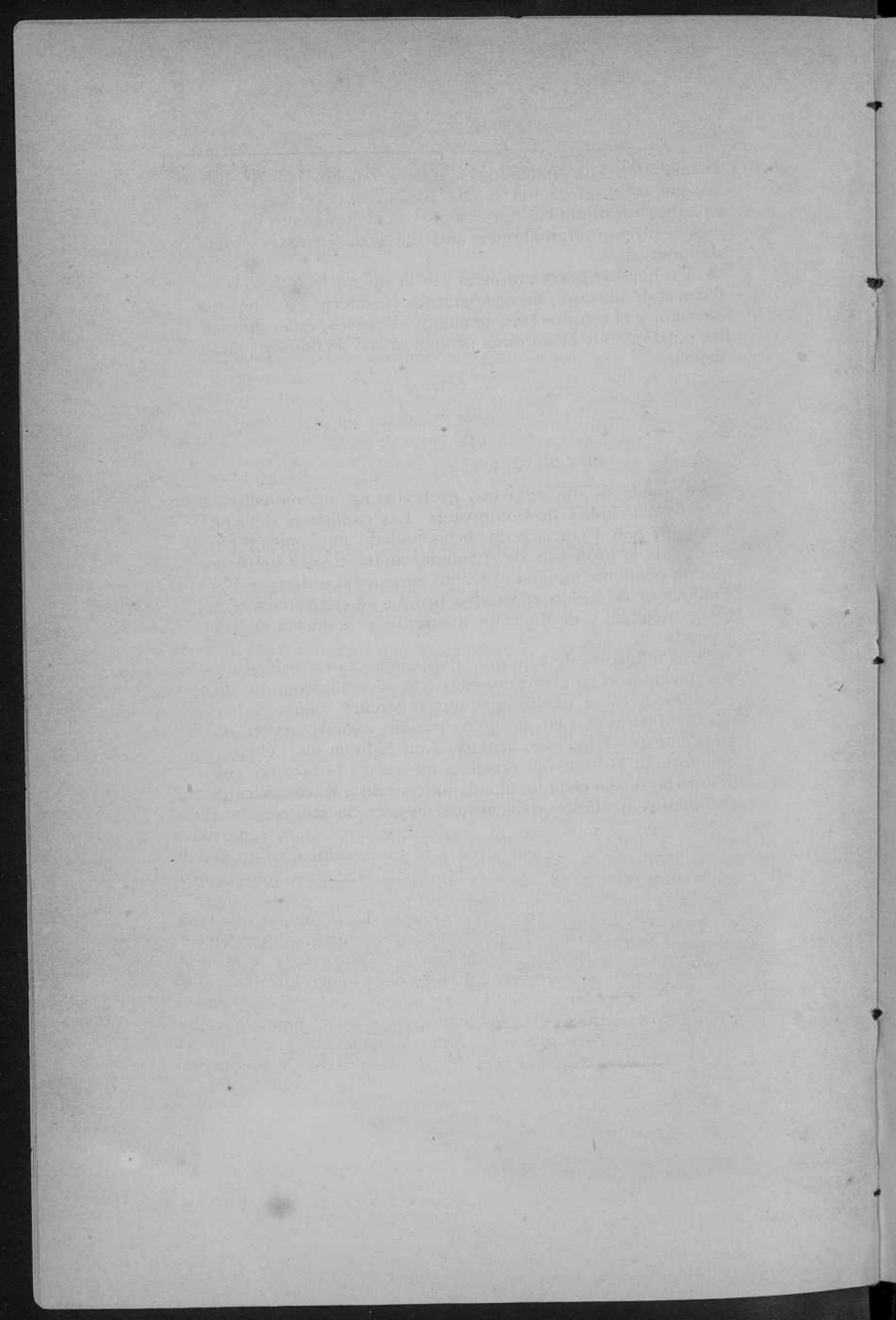
Arminda, al año siguiente, profesaba en un convento de la próxima ciudad de Compostela. Las campanas del convento de San Francisco de dicha ciudad, en el mismo momento de la profesión de Arminda, anunciaban á los fieles que un penitente tomaba el hábito en aquella orden seráfica. Cualquiera de nosotros vendría pronto en conocimiento de ser el penitente, el Mejicano descreído y homicida de esta leyenda.

Los feligreses de Lampón, para conmemorar estos sucesos, levantaron en el mismo sitio que se realizaron, un alto crucifijo de tosca piedra, que hoy reverente saluda el barquero, al atravesar en su ligero esquife aquella mansa ría. Uno de estos feligreses, sentado á mi lado en los peldaños que forman la base del crucifijo, me relató la historia vertiendo lágrimas, cuando el sol, marchando á su ocaso entre encendidos arreboles, daba al mar un tinte de sangre.

M. C. C.

Santiago, 1883.







APUNTES DE UN VIAJE Á SEVILLA

POR VENTURA GARCÍA RIVERA.

II

El concepto que habíamos formado de las calles de Sevilla, por el trayecto desde la estación hasta nuestro alojamiento, se confirmó más tarde. Sin rumbo fijo, recorrimos muchas veces la población, y nos internamos en un dédalo intrincadísimo en el cual es imposible orientarse, pero, á decir verdad, esto mismo nos complacía.

Entonces pudimos ver el tipo de la mujer sevillana. Transitan por la calle de Francos las cigarreras que con paso acelerado se dirigen á la fábrica de tabacos, y se admiran sus hermosísimos ojos negros, su fisonomía expresiva y sonriente, la esbeltez de su talle, y un garbo y un donaire característicos de todas las sevillanas, y que no se puede describir como no se describe el perfume de las flores.

Las devotas, provistas de su indispensable banqueta col-

gada del brazo, el libro de oraciones en la mano, y el velo cubriendo el rostro, se apresuraban á entrar en las iglesias para orar, y son tantas las que de aquella guisa cruzan por plazas y calles, que á primera vista se puede juzgar que este es un pueblo muy dado á las ceremonias del culto católico.

Los mercaderes ambulantes pregonando sus mercancías, el aire jovial de los transeúntes, algunos chistes salpimentados de gracia andaluza, que llegan á nuestros oídos, algunos de aquéllos, insípidos, y en casi todos un fondo rufanesco, dan á la ciudad un aspecto animado y pintoresco. Examinando todo esto, cruzamos el centro de la ciudad, donde abundan las tiendas de todo género de mercancías, que demuestran actividad comercial, si bien será bueno hacer constar que los que al comercio y á las industrias se dedican, son la mayoría extranjeros ó de las provincias del Norte y centro de nuestra península, pues los indígenas tienen muchas aptitudes para las bellas artes, pero no tantas para todo trabajo que exige meditación y calma en el discurso. Esta es la patria de Martínez Montañés y de Murillo, y nada más. Mucha hermosura en las mujeres, incitantes y voluptuosas, mucha molición en las costumbres, mucho discreto á veces empalagoso, mucha fiesta y mucha zambra, pero de todo aquello que pide atención grave y pensamiento profundo no existe nada.

Este carácter que de todo hace motivo de fiesta y regocijo, hasta de las mayores desdichas de la vida, que pasa pronto de la risa al llanto, que llama á la fosa común del cementerio, *la tertulia*, no puede someter su pensamiento á la ingrata y árida especulación científica, ni á la penosa tarea del mercader y del industrial, preocupados siempre con las oscilaciones del cambio, tan variables como las de la atmósfera, y tanto cuanto más estrecha é íntima es la solaridad entre los diferentes pueblos.

Esta consideración que se revela con más claridad después de conocer este pueblo, se nota la primera vez que se le observa. Tiene siempre carácter alegre y de fiesta, no se ve un semblante mohino ni un transeúnte cabizbajo, y á cada mujer hermosa que pasa, y estas son muchas, cae sobre ella, digámoslo así, una nube de frases galantes, no bien avenidas muchas de ellas con la buena crianza.

Meditando acerca de esto, recorrimos la mayor parte de Sevilla sin rendirnos á la fatiga, y la verdad es, que excepción de los edificios y monumentos de que hablaremos más

tarde, nada nos llamó la atención. La plaza de San Francisco, antiguo teatro de los autos de fé, y de toda clase de festejos, nos pareció irregular y con pésimo pavimento, la plaza nueva, que ocupa el area donde estuvo el convento de San Francisco, la de la Gavidia la del Museo, la de San Pedro, todas ellas no ofrecen nada de notable; algunos asientos de piedra, pocos aparatos de iluminación, un pavimento polvoriento en el que reverberan los rayos del sol en verano, y en el que se dibuja la sombra de algunas palmeras, esto es todo el aparato con que el municipio sevillano ha adornado estos centros de solaz y esparcimiento.

Ni una fuente que refrigere con la frescura de sus aguas en las calurosas noches del estío, ni una planta de verdor que comparta su soledad con las gentiles palmeras, nada de esto existe, y hasta en esta patria de Montañés y de Herrera, no hay más que una estatua, la dedicada al más glorioso de sus hijos, á Murillo.

III

Quien quiera frescura y verdor, que vaya á las *Delicias*. Extiéndese este paseo por la margen izquierda del río Guadalquivir, préstale el azahar sus perfumes que embalsaman el ambiente, el muelle con su tráfico dale vida y movimiento; y el barrio de Triana asentado, en la opuesta orilla, el puente magnífico que ve en último término; la torre del oro, viejo centinela del puerto y guarda seguro de las doblas del rey D. Pedro; los barcos anclados en el río con sus mástiles y sus jarcias, á la derecha los jardines de San Telmo; todo esto iluminado por un sol espléndido, y cubierto por un cielo lleno de luz, forman un panorama hermosísimo, y que acaso no tenga rival. Bien merece este lugar el nombre que lleva, y bien pueden estar orgullosos los sevillanos de poseer tan hermoso punto de vista, rico presente del Guadalquivir á la sultana de sus amores, á Sevilla.

Siguiendo el curso del río, á la izquierda está la dehesa de Tablada, donde tuvo establecido su real, durante el sitio, Fernando el Santo, el conquistador de Sevilla. Hoy es hipódromo, escuela de tiro, y da breve hospitalidad á los toros, destinados á las corridas, que son muchas. Allí van en peregrinación los aficionados y los toreros, que por allí hay mu-

chos, contemplan las reses bravas, hacen comentarios y disputan acerca de la calidad de los cornúpetos, y estas discusiones, para ellos de importancia y trascendencia suma, secan las fauces de los disertantes, por lo que, al regreso, hacen estación en alguna de las ventas, enclavadas en los límites de las Delicias. En éstas, con algunas libaciones de manzanilla, algún jamón crudo, amén de las precisas aceitunas, reparan sus fuerzas los oradores, y se continúa gravemente la discusión respecto á los toros destinados al sacrificio: lo que se cuestiona gravemente, como si fuera un arduo problema social, ó importante negocio de Estado.

En estas ventas ó restaurantes, algunos de ellos con bonitos cenadores, se ven los señoritos y elegantes del país, mujeres de actitud desenvuelta, tañedores de guitarra que, á cambio de algunas monedas de cobre, sacan de las cuerdas de su melancólico instrumento músico las notas de la *malagueña* ó de las peteneras. Todos son preciosos elementos para una *juelga*.

Algún concurrente, que *se canta*, lanza al viento sus tiernas endechas; entusiásmanse sus comensales y lo jalean palmoteando; después de una malagueña, otra, y luego la soleá, y cañas y más cañas de manzanilla; aquello es cosa de no acabar nunca, un derroche de manzanilla y de monótona canturía *flamenca*.

Y si la gente se anima, se continúa la *juelga* en la tienda que es otra fase urbana de la venta; allí, el avaricioso *montañés*, afanoso y trabajador, acumulando sendos duros, sirve á sus parroquianos; se repiten las libaciones, y continua el *cante*. Alguna dama, de las del trato, se levanta de su asienro, y en un pequeño espacio, comienza la mímica del baile; con los ojos fijos en un punto y saliéndosele de las órbitas, la actitud voluptuosa que enciende el deseo, ora con frenesí lúbrico, ya con lánguida apostura, se agita, se mueve, se retuerce; se nota en los pliegues de su falda el movimiento de sus musculos; á la embriaguez del vino se mezcla la de la pasión, y ante este espectáculo, parecen honestas las descripciones de las bacantes y bayaderas.

Estas escenas se repiten todos los días y á todas horas. No son aquí el obligado festejo del patrón del pueblo, solemnizado con las libaciones del mosto y la gimnástica de danza más ó menos violenta, son constantes y casi permanentes; la *juelga* es la preocupación favorita de todo buen andaluz, y el que no *corre* alguna, *no es persona*. Se explica

y se comprende, quo con un clima enervante, un suelo rico y feráz, que no exige mucho laboreo para producir frutos en abundancia, las gentes procuren que sea lo mas amena y agradable esta peregrinación que se llama vida.

Habrá escepciones, las hay seguramente, pero el carácter predominante del pueblo es este: los pesares no dejan huella en él, ni la tristeza anubla su cielo. Ni le seducen las grandezas mundanas, ni la trompa de la fama despertará en él ansias de ambición y renombre; bástale la alegría de su cielo, los tristes sonos de su guitarra morisca, y con esto, y la esperanza en el amparo de la Virgen de la Macarena, que le ayudará en el trance supremo, vivirá feliz, sin curarse de las grandes tempestades sociales que agitan los pueblos modernos.

Por éso estos pueblos de origen árabe, son tierra fecunda, donde prospera el despotismo, y á pesar de las mudanzas de los tiempos, aun se conserva por aquí un respeto á la autoridad que tiene algo de superticioso. En cambio, cuando pueden burlar su acción, lo hacen á maravilla, y humildes y sumisos, agotan todas las argucias de su fecundo ingenio, y apuran todos los engaños y zalamerías para eludir la más insignificante corrección, y por mas que nadie les habló de Tayllerand, aplican prácticamente lo que dijo el diplomático famoso, "que la palabra se le dió al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Y por eso también, *cundo en una de esas bruscas sacudidas sociales*, buscan la reivindicación de su derecho, que vislumbran y del que no tienen concepto claro, sus movimientos tienen algo de la orgia revolucionaria y de las algaradas africanas, para entregarse pronto sumisos ante el sable de un general afortunado.

(Continuará.)

LA COMERCIAL:

Establecimiento Tipográfico de la Papelería de Ferrer

REAL, 61.—LA CORUÑA

1888

